

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 112 - Diciembre de 2019 - Distribución gratuita www.universo centro.com



Cinco cacerolazos

1.

En el principio fueron las revueltas. Primeras piedras, primeros filos, primeras páginas. Un pálido Gabriel García Márquez vivió El Bogotazo a sus veintiún años. Unos días después estaba alucinado frente al teclado en Cartagena. Salió huyendo de esas nieblas. La primera frase de su primer texto periodístico, publicado el 21 de mayo, suena conocida por estos días de revuelo: “Los habitantes de la ciudad nos habíamos acostumbrado a la garganta metálica que anunciaba el toque de queda”. En 1977, luego del paro nacional de septiembre, el presidente López Michelsen habló de “un pequeño 9 de abril”. Otros tropiezos, otros plomos. La noche del paro se contaron diecinueve muertos en Bogotá. García Márquez andaba más rojo que pálido. La edición de la revista *Alternativa*, que había fundado en compañía de Enrique Santos entre otros, celebraba el sacudón en la portada: “Un paro de verdad”. La izquierda moderada, la izquierda radical, la izquierda a secas pensaban que el país había dado un giro hacia sus consignas. Pero en realidad todo alentó a Julio César Turbay y su Estatuto de Seguridad que se firmó exactamente un año después, cuando el nuevo presidente cumplía un mes bajo la Guardia Presidencial. *Alternativa* se apagó en marzo de 1980. Es lógico que García Márquez, unos años después del cierre, refiriéndose a la revista, dijera con cierto despecho: “Estaba tan metido en el periodismo que no sentía nostalgia por la literatura”. La calle jalaba.

2.

De vez en cuando viene la fiebre. No necesita un oprobio particular, no requiere grandes titulares, no quiere líderes. La rabia contenida frente a una rutina burocrática puede ser suficiente. En Chile fueron los estudiantes de bachillerato los encargados de prender la mecha. Una rebeldía al parecer menor contra los torniquetes del metro empujó al ya anunciado cambio constitucional. Un desafío escolar contra las viejas formas de Pinochet. Uno de los estribillos contra el aumento del tiquete del metro les quedó muy bien: “No son treinta pesos, son treinta años”. Ahora parece difícil parar la rueda del tropel. Sigue rodando por inercia, sin mirar reformas, sin parar en leyes, con la rabia que han dejado la calle y los carabineros. Lo dijo bien Christopher Hitchens en *Cartas a un joven disidente*: “Somos mamíferos y el lóbullo prefrontal (al menos mientras aguardamos la ingeniería genética) es demasiado pequeño, mientras que la glándula de la adrenalina es demasiado grande”.

3.

La trinchera del gobierno de Iván Duque fue el miedo. Contagiar sus temores ya que no puede contagiar ni entusiasmo ni idea alguna. Un gobierno tembloroso hizo que el 21N fuera un anuncio con clarines militares y alertas máximas. Y terminamos



con acuartelamientos de primer grado en las porterías de las unidades cerradas. El discurso del Ejecutivo puso el guion y vinieron las sobreactuaciones. Las redes sociales nos convierten muy fácilmente en una tribu que trina y gruñe. Pero resulta que también nos pueden tirar a la calle a pelear contra amenazas ubicuas e inexistentes. Las redes pegan los nuevos pasquines en todos los muros. *La mala hora*, para seguir con García Márquez, cuenta las tensiones y las grescas de un pueblo costeño donde toda la noche aparecen rumores en las puertas y las paredes. Señalamientos de infidelidades, robos, viejas cobardías.

En la novela se discute si los pasquines son una estrategia organizada, si el autor es uno o son varios, si es hombre o mujer. “Nunca, desde que el mundo es mundo, se ha sabido quién pone los pasquines”, le responde el ayudante del juzgado al juez. Y las damas de la sociedad católica le piden acción al alcalde que desestima los pasquines llamándolos “papelitos”. Y el cura dice que es “terrorismo de orden moral”. Hasta que el alcalde decreta el toque de queda y organiza rondas civiles de vigilancia y ordena a la policía disparar a quienes estén en la calle luego de las ocho de la noche y no se detengan.

Cuando el alcalde les anuncia a dos jóvenes que deberán presentarse en la noche como reservistas y recibir un fusil para hacer cumplir el toque de queda decretado por la proliferación de pasquines, el peluquero que los acompaña responde con tono de burla: “Más bien una escoba. Para cazar brujas, no hay mejor fusil que una escoba”. Los mismos palos que alzaban los vecinos en las porterías en Cali y Bogotá.

4.

“El hombre está necesitado de causas que lo levanten del suelo, que lo saturen de emoción, que otorguen gravedad a su existencia”. La línea es del escritor mexicano Jesús Silva-Herzog en un libro sobre la política titulado *La idiotez de lo perfecto*. Una historia de entusiasmos y tragedias sobre las ideologías. En Medellín las marchas han tenido el bonche tradicional de nuestros últimos años, reelecciones, paras, guerrillas, acuerdos, plebiscito, impunidad, Venezuela, pero una parte del levantón lo pone la adrenalina, el cansancio acumulado, la cerveza fría en la calle, el humo para combatir el lacrimógeno y el remate donde caiga. No solo ideología y pensiones marcan el grito. Se trata también de que aflojen la válvula, le bajen al abuso, dejen parchar, ahoren en la compandería. No todo puede ser por la sombrita. Dejen un sorbo de aire así sea turbio.

5.

En Medellín todo ha sido distinto. Más calmo, más colorido, más soleado. En los dos días anteriores al paro del 21 y en los dos primeros días de marcha y parche no hubo homicidios en la ciudad. Cuatro días sin asesinatos en Medellín no son pocos si sabemos que el año pasado fueron 72 en los doce meses. Se pueden aventurar teorías sobre por qué Bogotá y Cali tuvieron otros arrebatos. Hipótesis algo aguafiestas. Bogotá tuvo desórdenes al parecer más relacionados con una facción dura, un extremo que todavía hace de milicia sin un hermano mayor en armas. En Medellín el embate paramilitar y la sangría estatal se dedicaron durante años al asesinato indiscriminado para acabar con la “amenaza”. Orión y La Escombrera son tristes muestras.

Cali tuvo en la tarde saqueos en comercios pequeños y medianos. Una violencia más cercana a la oportunidad del hurto, al posible “gangazo” ante las vitrinas. Muchos salieron estrenando el pase del concesionario de motos. Medellín, con un control ilegal que “cuida” y cobra rentas en el setenta por ciento de la ciudad, no permite esos “desmanes”. Lo comprobaron algunos de los capuchos empeñados en meterse a la U. de A. el 21N en la noche. El Esmad los empujó hasta Moravia y allá se encontraron con los “muchachos” de la seguridad. Les tocó correr hacia los lacrimógenos como única vía de evacuación. Cada marcha tiene su orden. Pero no hay duda de que Medellín ha mostrado anomalías y alegrías inesperadas. Un solidario hervor colectivo sin “patriotas” a bordo. ☺

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro
Número 112 - Noviembre 2019
18.000 ejemplares
Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com



DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

– Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

– David Eufrazio Guzmán

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– Andrés Delgado

– María Isabel Naranjo

– Andrea Aldana

– Juan Fernando Ramírez

– Simón Murillo

ASISTENCIA EJECUTIVA

– Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

CORRECCIÓN DE TEXTOS

– Gloria Estrada

DISTRIBUCIÓN

– Angélica, Gustavo y Didier

Pioneras

por PABLO ARANGO

Ilustración: Fragmentaria

Hay una serie de preguntas fundamentales que, aunque tienen una respuesta, solo Dios la sabe. Por ejemplo, ¿quién inventó la rueda? Esa ingeniera anónima tuvo que haber existido, pero su nombre se ha perdido para siempre. El caso que nos ocupa es similar, pero con una diferencia notable: aunque sospechamos que las primeras mujeres y los primeros hombres que inventaron esta práctica fundamental de la civilización pertenecían al grupo de los primeros hombres y mujeres que hubo sobre el planeta, es imposible ubicarlos en la noche de los tiempos. Dejados de lado este problema podemos, sin embargo, señalar algunos precursores.

A pesar de una sistemática campaña de censura, los logros de Arifrades llegan hasta nosotros. A veces el censor es torpe o, cegado por la envidia, deja escapar la clave del conocimiento. Me permitiré una digresión: Catherine Nixey, en un libro sobre la destrucción ejercitada por los cristianos en la cultura

clásica, dice que la obra del filósofo romano Celso —que cuando leyó el *Antiguo Testamento* exclamó: “¡Qué montón de mierda!”— fue preservada en la obra de su principal enemigo, el filósofo cristiano Orígenes quien, para refutar a Celso —cuya obra escrita fue aniquilada por las hordas cristianas—, tuvo que resumir y explicar sus razonamientos; de este modo, como dice Nixey, el pensamiento de Celso quedó preservado “como un insecto en ámbar” en la obra denigratoria de Orígenes. De modo similar, y regresando a nuestro tema central —literal y metafóricamente central—, el principal censor moral de Arifrades, el comediógrafo Aristófanes, habla de su rival, el también comediógrafo Arifrades, en los siguientes términos: “...es un pervertido y además quiere serlo. Y no es solo que sea un canalla, en cuyo caso ni lo habría mencionado, o un auténtico bastardo, sino que ha inventado algo nuevo. Envilece, en efecto, su lengua en vergonzosos placeres; en el prostíbulo se afana hurgando en los

sexos de las mujeres y lame el flujo que expulsan, llenándose de él los bigotes”.

Esto lo escribió Aristófanes en *Los caballeros*, una comedia del 424 a. C., es decir, del siglo V. Esas pocas palabras pretendidamente infamantes bastan para que Arifrades aparezca como uno de los grandes precursores (Safo vivió un siglo antes, en el VI a. C., en la isla de Lesbos, y seguramente puso un pie antes que Arifrades en esta práctica esencial de la historia humana, pero ya sabemos el puesto que los hombres hemos dejado a las mujeres en la historia).

De modo similar a como Leibniz y Newton descubrieron por separado y al mismo tiempo el cálculo infinitesimal; o a como Darwin y Russell Wallace descubrieron la selección natural por variaciones aleatorias al mismo tiempo pero en lugares opuestos del planeta; de modo similar, decíamos, el uso fundamental y principal de la lengua humana (para el que fue favorecida y diseñada por la selección natural) pudo haber sido, si no descubierto, por lo menos sí

registrado de manera independiente y más o menos al mismo tiempo en dos lugares y culturas distintas. Es así como en *Cantar de los cantares*, leemos:

Tu vulva es un cántaro,

donde no falta el vino aromático (7:2).

El libro ha sido atribuido al rey Salomón, de quien sospechamos que también fue un pionero, pero la mayoría de los estudiosos sostiene que el *Cantar* tiene que ser mucho más reciente —Salomón vivió en el siglo X a. C.—. Estos mismos estudiosos de que hablamos concuerdan en que el libro fue escrito en el siglo IV a. C. Tenemos, entonces, que casi al mismo tiempo en el Medio Oriente y en el Mediterráneo se comenzó a registrar, a celebrar y a denigrar uno de los pilares de la vida humana en comunidad.

El último descendiente de la estirpe de Aristófanes lo es también de la de Arifrades. Es otro comediante, actor, el canalla Michael Douglas que, como todo converso, luego de un tratamiento médico por una adicción al sexo, dio unas declaraciones en contra del *cunilingus* porque, según él, el cáncer de garganta que adquirió se lo debe al invento de las primeras hembras de *homo sapiens* pero que aquí, siguiendo la infame tradición de Aristófanes, le atribuímos a Arifrades. Douglas está casado con Catherine Zeta-Jones, lo que plantea la pregunta: ¿alguien rechazaría el cáncer de garganta si este viene en la forma del vino aromático del cántaro de Friné?

Notas: La mayoría de las traducciones de *Cantar de los cantares* ponen “omblijo” en lugar de “vulva”. Pero lo consideramos un error (malintencionado en algunos casos) por dos razones. La primera es que el poeta va en ascenso: de los pies de la amada, pasando por las piernas, las caderas y, ¡zas!, salta al omblijo. Perdón, pero no es creíble. En segundo lugar, la palabra hebrea que aparece en el libro es *shor*, que se deriva de una palabra del arameo que significa “lugar oculto”. A este respecto, la discusión del *Hebrew & English Lexicon of the Old Testament* (Oxford, The Clarendon Press, 1902) nos parece concluyente para preferir la traducción que aquí usamos.

Friné, por su parte, fue una mujer griega famosa por su belleza —la belleza de Friné era tal que Praxíteles la usó de modelo para sus Afroditas— y por un juicio al que fue llevada por la chusma en un tribunal democrático, acusada de impiedad (al igual que Sócrates, pero en 350 a. C., es decir, 39 años después). Desde luego, y como lo apuntó otro erudito, dado que la belleza es apenas el nacimiento de lo terrible, los griegos no pudieron tolerarla por mucho tiempo e intentaron condenarla a muerte en el juicio. El abogado contratado por Praxíteles para defenderla, viendo que iba a ser imposible convencer mediante el razonamiento y la retórica y la ley a esa horda de semovientes, apeló a un último recurso desesperado: desnudó a Friné y les preguntó a las “gonorreas del jurado” —como los llamó Praxíteles— lo siguiente: ¿Ustedes van a ser culpables de asesinar a la belleza absoluta? Y los miembros del jurado no tuvieron más opción que dejarla en libertad, empedecidos por la visión de esa belleza letal. ☺





Mosaico caraqueño

Nuestro lugar común: ver pasar los días y las calamidades y conservar una misma temperatura. Igor Barreto

1 Levo ocultos 537 dólares en bolsillos falsos. Los cosió mi novia desde ayer debajo de los bolsillos reales de mis jeans. Me advirtieron que debo cuidarme a toda costa de la migración en el aeropuerto, de la policía, de cualquiera. El peligro es inminente. El miedo me lo contagió quien me entregó los dólares: un amigo editor que vive desde hace unos años en Medellín. Me sugirió extremo cuidado de los peligros aeroportuarios, policiales y civiles. Los dólares se los debo entregar a otro amigo editor en Caracas que los necesita para hacer unos pagos de traducción.

Si bien no estoy nervioso, cada tanto toco el relieve cuadrangular de los dólares en mis piernas, para confirmar que todavía están ahí, o si se notan mucho bajo cierta luz, o si pasan desapercibidos de las miradas de los demás.

No tengo problema ni en el aeropuerto José María Córdova, en Medellín, ni en El Dorado, en Bogotá, y paso derecho por migración. Sin embargo, al bajar del avión en Caracas pienso en el discurso que podría soltar si me encuentran esos dólares. Me tranquilizo, imagino que un colombiano que quiere entrar unos cientos de dólares no debe ser una cosa muy extraña bajo las circunstancias actuales.

Llevo, además, un arrume de libros de la editorial de mis amigos que es la mitad de mi equipaje. Soy una mula literaria. En las bandas transportadoras los policías revisan mis cosas, miran los libros y no les dan importancia. Me dejan pasar, sellan mi pasaporte. Camino en busca de mi amigo que quedó de recogerme en el aeropuerto. Él paga el parqueadero con su tarjeta de crédito y caminamos hasta su carro.

La primera imagen al salir del aeropuerto es de un par de adolescentes que piden dinero en las casetas, ahora abandonadas, que sirvieron alguna vez para el control de la salida y el ingreso del aeropuerto. El aire caliente se cuele adentro del carro. Después de un rato mi

amigo me cuenta que el salario mínimo está en cuatro dólares. De nuevo pienso en el dinero en los bolsillos falsos y empiezo a entender las medidas de precaución. No sé cuantos salarios mínimos tengo ahora conmigo. Hace un calor poderoso, pegotudo, latinoamericano.

En el camino a Caracas descubro un paisaje semejante al de Colombia, no reconozco los árboles ni los arbustos por sus nombres, pero tengo una sensación de extraña familiaridad que se desprende del paisaje tercermundista por el que pasamos: la naturaleza exuberante al lado de calles chorreadas de manchas de petróleo, líneas del asfalto despintadas y vallas desteñidas por el sol y el agua. La capital está a media hora del aeropuerto. Incluso en medio del movimiento y la vibración que normalmente me aquieta percibo tensión en mi cuerpo, estoy a la defensiva, no como tranquilo. Los medios colombianos y la anterior campaña presidencial hicieron mella en mi sistema nervioso central.

2

Lo primero que hago al llegar al hotel es arrancarme los bolsillos falsos para sacar los dólares y entregárselos a mi amigo editor. El hotel es un edificio alto que queda muy cerca del centro de la ciudad. Alguna vez fue lujoso, ahora está en franca decadencia. Esa es mi primera impresión de Caracas: un contraste entre autopistas enormes, un montón de camionetas y de automóviles, edificios altos, gente en la calle vendiendo sus mercancías y en medio de todo eso una cierta grieta que deja ver que las cosas no andan bien y que están en proceso de abandono. No estoy seguro si es mi prejuicio colombiano, pero algo que sale de esa grieta imaginaria emerge en el aire, algo a lo que no estoy acostumbrado; sin embargo, tenía una imagen fija de algo mucho más catastrófico, solitario y zombi. La vida se filtra, agitada, por todas partes. Pese a la crisis y los problemas económicos la cotidianeidad vibra y se revuelca. Veo gente que trota en ropa deportiva, niños con uniformes del colegio, grafitis firmados recientemente. La ciudad sigue en movimiento, cojea, pero no se detiene, sin importar lo que muestren RCN y otros medios en Colombia.

3 En el libro *La magia del Estado*, Michael Taussig hace un recorrido por la llamada montaña de los espíritus y la magia que envuelve el Estado desde hace décadas en Venezuela. A través de una reflexión sobre "las tres potencias":

Vamos a dar una vuelta en el carro de mi amigo para familiarizarnos con las calles, la luz, el monte Ávila. Con rumbo a la Fundación Rómulo Gallegos él me comenta que en Caracas perdieron la noche, al menos la de a pie, pues los colectivos, algo así como bandas paramilitares urbanas, se apoderaron de la ciudad (aun con cuatro tipos de policías que custodian las calles por las que transitamos). Los colectivos controlan las zonas, encuentran sustento en el atraco, el secuestro y la trata de personas. Mi amigo me habla del secuestro exprés, que es pan de cada día y que se ha incrementado en la crisis de los últimos años. Me relata la tarde que lo secuestraron y me explica con detalles cómo lo capturaron, le dieron vueltas en un carro y luego lo soltaron en medio de una carretera vacía cuando comprobaron que no traía nada de valor. Venezuela fue el país más violento de América Latina en 2018 con una cifra de 81,4 homicidios por cada cien mil habitantes. Colombia terminó el año con una tasa de 24.

Por las calles que pasamos veo un montón de restaurantes abiertos, carros lujosos, *valet parking*, ruidos de cubiertos, risas. Enchufados, dice mi amigo cuando me ve mirar por la ventana. Gente que trabaja bajo cuerda con el gobierno y tiene sus negocios incluso en medio de la debacle económica o justamente a consecuencia de esta.

Llegamos a la biblioteca Rómulo Gallegos pero está cerrada, un cartelito mal impreso avisa los horarios. Casi todo por aquí cierra a las cinco de la tarde, sin importar si son barrios acomodados o tierra de los colectivos.

3

En el libro *La magia del Estado*, Michael Taussig hace un recorrido por la llamada montaña de los espíritus y la magia que envuelve el Estado desde hace décadas en Venezuela. A través de una reflexión sobre "las tres potencias":

por SANTIAGO RODAS

Fotografías por el autor

María Lionza, el Negro Felipe y el indio Guaicaipuro, y las santas cortes (entre ellas la Corte Malandra: un grupo de pillos del lumpen que devinieron en santos y que tiene miles de devotos cuyos rezos colman las barriadas de Caracas y otras ciudades de Venezuela) se establece la relación de la magia y la construcción política de la Nación. Incluso Bolívar se transforma en una potencia mágica con su propia oración que termina así:

Por mí y por mi casa solicito permiso para invocar al espíritu del Gran Libertador y suplico humildemente, con todo mi corazón, que se me conceda en esta hora sagrada la siguiente petición: Préstame tus ejércitos de liberación para conquistar a todos mis enemigos.

En la ONG (Organización Nelson Garrido) me encuentro con las pequeñas esculturas que identifican a las santas cortes. Veo las reproducciones de las tres potencias y, además, la representación naïf de la Corte Malandra: una serie de esculturas en yeso y madera que exhiben los pillos con gorras, gafas, encima de motos de alto cilindraje, que portan revólveres con la culata por fuera de la pretina. Nelson Garrido las usa para sus exposiciones. Su obra gira en torno a las representaciones populares y la cultura material de las barriadas, a través de una mirada cínica y satírica pone en tensión la relación con los íconos, las imágenes y la historia reciente del devenir político del país. Pienso en los rezos a estas esculturas y las formas descentralizadas de la devoción popular, pienso en lo parecido a lo narrado por Vallejo en *La Virgen de los sicarios* en Medellín. Lo plebeyo latinoamericano, en definitiva, destila una estética parecida: la arquitectura de los barrios, las ropas y el ornamento, las reinas de belleza, el narcotráfico y su afrecho en las prácticas sociales y cotidianas. Al final somos pueblos hermanados, irremediamente.

4 Los bolívares ya no existen. Todo se paga con tarjetas debito y crédito, incluso un café aguado, al que le dicen guayoyo, en alguna tienda de esquina. Todos los lugares tienen datáfonos, a no ser que tengas dólares. Un dólar se balancea entre 19 000 y 22 000 bolívares, en un mismo día el precio puede cambiar varias veces. En la calle una cerveza cuesta un dólar. Un café, si pagas en efectivo, cuesta menos de un dólar, pero como casi nunca te pueden devolver entonces cuesta un dólar. El billete es una especie de comodín, un amuleto de canje. Una comida para un extranjero oscila entre diez y veinte dólares, dependiendo de la zona y del plato. En una de las cenas en Chacao pagamos un millón de bolívares, que representan más o menos sesenta dólares. A pesar de que muy pocos venezolanos pueden pagar la comida por fuera de sus casas los restaurantes siguen abiertos. Muchas personas subsisten con las remesas que les envían sus familiares y se dan un lujo cada tanto, a otros (no pocos) parece no afectarles para nada la economía interna. Si se comparan los precios en medio de la crisis del país, salir a comer cuesta lo mismo que en algunos sectores de Medellín o Bogotá. En un supermercado al que fui a comprar cervezas, cada vez que alguien pasaba los productos por el lector de código de barras hacía una cara de asombro dolorosa, de una resignación nerviosa.

4

Hay juguetes de pilas para niños con la imagen del comandante, libros con sus historias y su biografía, esculturas, mosaicos, máscaras de plástico y toda una suerte de cachivaches que sirven para perpetuar su legado. Su fantasma puebla la ciudad y su presencia iconográfica se multiplica en algunos municipios más que en otros.

Luego de unos días en Caracas me acostumbré a la mirada que cada tanto aparecía de manera inesperada. Me vigilaba, me recordaba en el lugar en el que estaba. No me podía tranquilizar, los ojos, así no los estuviera viendo, acechaban. En su alto contraste me decían: ojo, aquí estoy alerta, vigilante. Incluso escuché que una alcaldesa quería estamparlos en el escudo de Caracas, para que ahora sí y de manera definitiva ocupara el lugar del panóptico.

5

Caracas es una ciudad plagada de guacamayas bandera. Se escuchan hablar todo el tiempo, se les ven los colores revoloteando entre los edificios y los carros.

6

La imagen de Chávez es omnipresente. Los ojos del finado están pintados en todos los edificios estatales y en las obras de infraestructura que realizó en su gobierno. El *close up* de su mirada se reproduce por toda la urbe, en diferentes tamaños y formatos. Su cara está impresa en vallas publicitarias con los colores patrios y retratada en no pocos grafitis, a veces acompañado de Maduro y de Bolívar, a veces al lado de una frase: "Aquí no se habla mal de Chávez".



7

Me recibe una guacamaya encerrada en una jaula, un par de perros que no paran de ladrar y un tipo enorme que camina rengueando, sin camisa, con una toalla terciada en el cuello. Es Miguel Von Dangel y estoy en su casa-taller en el barrio Petare, un barrio popular a las afueras de Caracas. Von Dangel es uno de los artistas vivos más importantes de Latinoamérica. Su obra escultórica y sus pinturas son una leyenda en todo el país. La casa es un laberinto: habitaciones oscuras y empolvadas, cientos, mejor, miles de obras suyas están desperdigadas por todas partes. Pinturas, pedazos de esculturas, alambres, huesos de animales, retazos de madera, la cabeza de un caballo diseccionado y papeles desordenados por todas partes. Miro un letrero estampado en una lata que dice: "Todo decapitado irá al cielo". Su padre fue taxidermista y de él aprendió el oficio; una de sus primeras obras expuestas consistió en recoger un perro que habían atropellado frente a su casa, aplicarle el proceso de taxidermia y exhibirlo crucificado en un museo. La crítica religiosa no se hizo esperar y causó cierto revuelo, corrían los primeros años de la década del setenta y Caracas era una ciudad progresista pero sumamente religiosa, hasta lo acusaron de tener problemas siquiátricos. Salió adelante con sus animales despedazados y su pintura frenética. Sus obras se han expuesto alrededor del mundo, fue premio nacional de artes plásticas por su trayectoria y participó en la Bienal de Venecia en 1992.

Con un cuarto de su corazón funcionando a tope se sienta en la mesa a hablar de su obra, de su convicción místico-religiosa y de la influencia bizantina en su obra. Por momentos tose y parece que le sonaran hasta las costillas, que se removieran por dentro de sus líquidos. Los perros no paran de ladrar, él los calma diciéndoles sus nombres con suavidad. Con una luz terrible acerca de su contexto y su propia situación me resume el devenir de la política de la región en tres o cuatro estocadas, la conoce al dedillo pese a no salir desde hace años de su casa. Advierte que si se cansa no puede hablar más, pero resiste una hora y media, entre risas, toses, insultos sutiles a los cubanos y al gobierno local y luego a él mismo.

Estoy en banca rota, enfermo y sin dónde caerme muerto, dice. La crisis económica lo afecta de manera directa. No tiene compradores locales y si existieran no tendrían cómo pagar el precio de sus obras. Los artistas jóvenes que viven en el exilio se llevan la atención de los coleccionistas de arte latinoamericano porque tocan, quizá de manera más directa, los problemas de la Venezuela actual. Von Dangel se hunde con su barco en Petare y lo sabe, su destino trágico está en la casa-taller-laberinto que le heredaron sus padres. Al despedirnos nos regala una de sus obras y con una especie de estoicismo ácido no acepta los dólares que intentamos dejarle.

8

Camino al aeropuerto de regreso a Colombia veo la ciudad en la noche. El efecto del desplazamiento y la vibración adentro del carro me hacen sentir una calma sedosa. A esta hora pocos carros siguen la ruta de la autopista. Comprimo en imágenes toda esta semana. Una de las personas que conocí me confesó que no se iba de esta ciudad por la luz. Igor Barreto me explicó que no se iba porque quería ver la crisis de cerca. Las crisis son una oportunidad para la poesía, dijo. De nuevo miro los árboles, la oscuridad en el fondo del monte Ávila, la luz en la noche, los rascacielos con las bombillas intermitentes. La vida en medio de la crisis se vuelve difícil, hay que resolver el día a día: el agua que se va hasta una semana igual que la electricidad, la comida que se encarece por la inflación y que a veces escasea, la gente que se va de la ciudad y que es probable que nunca regrese. El hambre, la sed, la desesperación y la impotencia, la corrupción, la desigualdad. Y a pesar de todo la vida sigue.

Fui a un toque de *rockabilly* con unos punkeros en una tienda de ropa de moda femenina, a una obra de teatro, a un concierto del legendario grupo Madera. Las crisis, contrario a paralizar la vida, la sacuden, la tensan, le sacan un filo secreto que sirve para propia defensa. Parto de una ciudad viva, arrecha, con un presente enrevesado, un pasado luminoso y un futuro bastante incierto, a la que me gustaría regresar para ver su luz, de nuevo, con mis propios ojos. ☺



El día de un escritor

Medellín, año 2000. 7 a. m. El sol dispara contra las montañas occidentales y hace crepitar amorosamente el sendero que sube al cerro de las Tres Cruces. José Libardo Porras ataca la cuesta de su caminata matutina, como preparación a las catorce o quince horas que le esperan a diario sentado frente a sus manuscritos. Avanza en unos minutos mientras corrige otros que siempre pueden estar mejor escritos. Hoy, sin embargo, quizá escriba solo por la mañana. En la tarde presenta su novela *Hijos de la nieve* en compañía de su amigo Víctor Gaviria y de Juan Diego Mejía, en la Feria del Libro del Palacio de Exposiciones de la ciudad. Sus seis libros anteriores han sido publicados por su propio bolsillo o por entidades culturales. El tiraje ahora es mayor y le pagarán regalías. Sin embargo, no se hace ilusiones. No le interesa el dinero. “Al escritor no le conviene tener plata porque si la tiene no escribe”, le dijo el poeta Jaime Jaramillo Escobar, uno de sus dos maestros en la escritura. Por ello se siente un poco extraño, un mercader de la literatura, una mercancía él mismo, según anota en su diario.

A José Libardo le gusta caminar para mantener en forma su cuerpo enorme. Heredó sus casi dos metros de estatura de un antepasado extranjero, y los rasgos de su cara de la mujer indígena con quien él se casó. Lleva bigote y el pelo largo negro azabache cogido atrás en una cola. Sin embargo, no aspira conocer chicas entre las deportistas que suben al cerro, a él le gustan las mujeres bohemias que comparten su gusto por la noche y los bares. Si se mezcla en las mañanas de los días laborables con los madrugadores es porque su disciplina de escritura se lo exige. A cierta altura de la base del cerro, a sus espaldas, comienza a configurarse en perspectiva el sector de Belén, un pequeño universo dentro de la ciudad. Se da vuelta y lo atrapa de una mirada. Siente que con *Hijos de la nieve* ha llegado a la médula de esos tipos que había esbozado en *Es tarde en San Bernardo*, el sector particular donde creció dentro de Belén. Le ha tomado años hacer el retrato de una persona del común, con un empleo y una familia, que se lanza a la aventura insensata del narcotráfico.

Gira sobre sus pasos y sigue cuesta arriba. Quizá en la tarde, antes de salir para la presentación, lea un poco. Le ha generado molestia no haber releído *Guerra y Paz* mientras estaba escribiendo la novela, porque en la obra de Tolstói encontró el epígrafe que ella necesitaba: “Aquellos millones de hombres entregábase mutuamente a los crímenes más odiosos: asesinatos, saqueos, falsificaciones, traiciones, robos, incendios... Todas las malas acciones eran cosa corriente; y en tan gran número, que los anales judiciales del mundo entero hubieran podido trabajar durante siglos y siglos... Mas, ¡cosa extraña! ¡los que los cometían no se consideraban criminales!”. Pero no



por IGNACIO PIEDRAHÍTA

Ilustración: Mónica Betancourt

es el último libro que va a escribir sobre bandidos. Decide que lo guardará para cuando escriba sobre el capo de capos del narcotráfico en la ciudad, a quien le piensa celebrar su cumpleaños con tinta. Se siente satisfecho de estar leyendo a los rusos. Toma nota mentalmente: para un escritor vale más dedicarse un año entero a leer un solo libro clásico que cien novedades editoriales.

En la caminata lo acompaña su perro. La mascota le recuerda aquella actitud de uno de los personajes de Fernando González, quien en el collar del animal tenía escrito: “Yo soy tu perro, señor. Pero, ¿de quién eres tú, perro, señor?”. Ahora él tiene una novedad editorial, aunque no piensa en la fama como un fin, sino en su necesidad de escribir. Su otro maestro fue Manuel Mejía Vallejo, quien una vez le dijo: “Si uno puede vivir sin escribir, debe hacerlo”. Para él, su discípulo, no hay otra forma de vivir que escribiendo. Ningún otro trabajo se justifica. Ha intentado como profesor de colegio, pero ha abandonado pronto. Solo se aviene a aceptar alguna sinécure momentánea que le permita conseguir algún dinero sustancioso y sin mucho esfuerzo para asegurarse largas temporadas de escritura.

Comparte con Thoreau eso de que no vale la pena ganarse el pan con el sudor de la frente, salvo que uno sude con facilidad. El esfuerzo de la escritura es el único permitido.

Una hora más tarde llega a la cima del cerro. Allí están las tres cruces y, detrás, un grupo de aparatos para hacer ejercicio físico, donde se ejercitan algunas chicas que lo han pasado en la subida. Compra un refresco y se sienta de espectador. Enamoradizo, elige en la mente su próxima amante. Hace poco ha caído en la cuenta de que *Hijos de la nieve* no vino directamente después de escribir las *Historias de la cárcel Bellavista*, sino de sus *Historias de amor, todas edificantes*. Maldad, amor, maldad... Hombres, mujeres, hombres. El mundo masculino se alterna en su escritura con el femenino. ¿Acaso vendrá entonces algo sobre el universo femenino, ahora que ha ido a fondo con el negocio de la cocaína? Sonríe al pensar que quizá escriba sobre esas chicas deportistas que saltan la cerca al ritmo de la música. Siente que ellas están en su interior, como parte de su ser. Tal vez, antes de escribir sobre ellas, relea *Madame Bovary*. Soy Emma, piensa. Se figura subiendo al cerro y desde allí imaginando

cómo sería Medellín en los tiempos de Flaubert: puras mangas al pie del cerro, la villa concentrada en lo que hoy es el Centro. Eso es lo que necesita, una novela en otro tiempo, sobre una mujer y su fuego de amor encendido, como para limpiarse de la violencia de los suyos.

Termina su refresco y desciende. Aún es temprano. Sabe que esta noche, en la presentación, debe retornar al mundo que ha construido en su reciente novela. Los lectores están atentos al mundo criminal que él mismo ha recreado conscientemente. Es lo que quiere contar: las vanas ilusiones de sus contemporáneos, lo que les tocó vivir, las presiones sociales, los fenómenos que son más grandes que ellos mismos y los mueven a la desdicha. No solo en Colombia, sino en Medellín y en su propio barrio de San Bernardo, ocurre para él lo más intrigante acerca de la violencia, “que los que la cometen no se creen criminales”. Lo ha comprobado juiciosamente entrevistando reos menores, delincuentes circunstanciales. Ha intuido el vaho de la maldad que impregna la inocencia de esta gente que está allá abajo, creyendo que hace lo que tiene que hacer. Los suyos quizá no ejerzan la maldad al estilo intelectual de Raskólnikov, sino con la candidez y bufonería del padre de los Karamázov. Sin embargo, ya piensa en Flaubert, en Emma Bovary, para su próximo libro.

En la base del cerro, al final del camino, su perro se separa de él para ir a saludar a otro perro. Se menean la cola, se reconocen como extraños y se quedan uno al lado del otro por más tiempo de lo común. Porras lo llama, pero él no regresa. Levanta la cabeza y observa al dueño del otro perro. Es un hombre alto como él, aunque más delgado. Lleva un bastón y se mueve con dificultad, como si luchara con valentía con un animal feroz, una hiena que llevara dentro. Porras lo saluda, pero él no le responde con palabras sino con una mirada profunda, directa a los ojos. “Cómo se llama”, le pregunta el escritor, refiriéndose al perro. “Lucky, se llama Lucky”, le dice el otro, antes de retomar su camino sin despedidas. Porras se encoge de hombros y se agacha para recibir a su perro, que se acerca cariñosamente para que su amo le dé unas palmadas en el pecho. También sobre vos tendré que escribir un libro alguna vez, le dice, porque no creo que haya un ser con más suerte que vos y toda tu partida de semihombres felices. Pero yo también soy feliz, porque esta noche salgo con esa mujer que he soñado y vuelto a soñar. Si me dice que hoy no puede no me importa, porque la imagen de un hombre solo en la barra, frente a una botella, siempre será suficiente para entrar en la noche, la noche de León de Greiff, de mis poetas baudelairianos. Ya lo tengo todo, querido mío, porque no necesito nada, sino este cerro, la ciudad, los bares los fines de semana, y un aposento modesto en el que pueda sentarme a escribir todos los días de la semana, catorce o quince horas diarias, hasta el fin de mis días. ©

Para que no caigas en la tentación de

¡Comprar y comprar!



Conócela completa en www.confiar.coop

La diferencia está en confiar

confiar
coop

VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

Un desecho en la basura y no en el inodoro, hace que tu alcantarillado no tenga problemas.

Toallitas húmedas
 Pañales
 Toallas higiénicas

Antes de botar algo, piensa bien dónde lo haces

Al lanzar estos objetos puedes taponar las tuberías y causar inundaciones.

Por ti, estamos ahí

epm

Evo vive en México, se asfixia en los 2600 metros a nivel del mar. Extraña La Paz. Escribe comunicados y se ofrece como pacificador. Hoy la presidenta es Jeanine Áñez, una parlamentaria de la minoría, esposa de un político tolimense. El MAS (partido y fortín de Evo) acaba de aceptar una nueva elección con garantía de que su líder seguirá lejos. Hace cuatro meses la esfinge de Evo era intocable. Memoria de días que no volverán.

Lamento boliviano

por JUAN CARLOS ORREGO

Fotografías por el autor

La geopolítica no es lo mío. Por eso, cuando hace tres meses viajé a La Paz, no tenía una idea muy clara —como no la tengo aún— de lo que significaba la larga presidencia de Evo Morales. De la vida en Bolivia yo tenía un conocimiento que casi se agotaba en las imágenes destiladas de las novelas indigenistas, escritas muchas décadas atrás (de hecho, la razón de mi viaje fue la celebración del centenario de *Raza de bronce*, la novela que Alcides Arguedas dedicó al conflicto entre un hacendado y los aparceros aymaras que lo quemaron dentro de su finca). Sin embargo, no llegué a La Paz solo con esas viñetas: también con el encargo, hecho por un amigo, de echar un ojo sobre el flamante edificio presidencial que Evo había mandado construir detrás de la catedral, y con el que, según entendí, había arruinado todo el paisaje urbano del corazón paceño.

Tras la llegada, cuando comprobé que podía salir del hotel y merodear a mis anchas sin temer los golpes del soroche, tomé un taxi para cumplir con el rito de conocer el estadio local: el Hernando Siles, donde iban a jugar The Strongest y Jorge Wilstermann. Apenas diez cuadras me separaban del sitio, pero aun así alcancé a enterarme, por boca del conductor, de que las cosas no andaban en Bolivia mejor que en Colombia: “Este es el país más corrupto del mundo”, dijo el hombre tres veces, como en letanía, y en algún momento se refirió a las manipulaciones mediáticas del gobierno en el canal televisivo local. La pronta llegada al estadio cortó el informe, de manera que el día murió con la resonante victoria del Tigre sobre el líder Wilstermann, apenas opacada por la porfiriana asistencia a un estadio histórico al que, al parecer, solo entran los viejos. La pasión futbolera boliviana murió con el retiro de Marco Antonio “el Diablo” Etcheverry.

Al segundo día bajé a comprar libros a la parte sur de La Paz. Las ideas que me había dejado el taxista de la víspera, a las que se sumaba un grafiti avistado esa mañana —“¡No más Evo!”—, me animaron a plantearle temas antigubernistas al nuevo conductor. Pero este, un mocetón tan yerto como los indios de las novelas, respondió a mis preguntas con monosílabos, y al bajarme me pidió mucho más dinero del que me habían recomendado pagar. No supe si el aymara había querido vengar a su presidente o si —como me dijo a media voz— no podía cobrarme menos, toda vez que se había arriesgado a quedarse atrapado en el sur, pues la vía para regresar al centro estaba a punto de quedar bloqueada por la marcha de las escuelas fiscales y no sé qué otros gremios. Lo cierto fue que, más tarde, volver al hotel fue toda una proeza. El taxista que consentió llevarme a cambio de un ojo de la cara —el que me quedaba— me dijo apenas descendí:

—Y mañana, que marchan los motoristas, va a ser peor.

Al final de la tarde, de camino hacia el teatro en que iba a tener lugar el simposio indigenista, me topé con un grafiti que, al parecer, había sido plasmado por los copartidarios del conductor silencioso: “Mar para Bolivia. Evo, mar y dignidad”. Concluí que el país en el que me

encontraba estaba, en términos políticos, tan polarizado como el mío, y creí comprobarlo cuando, en el coctel inaugural del evento académico, un profesor universitario me explicó que si los marchantes del mediodía habían gritado consignas contra el régimen, los motoristas (en colombiano, conductores) saldrían en su defensa. Como quiera que fuera salí ganando, pues el profesor, tras la recomendación de no moverme solo del centro, se ofreció a ser mi guía por algunos rincones de La Paz, entre los que se incluía —me apresuré en confirmarlo— la Plaza Murillo donde se alza la catedral, y que por lo mismo era el lugar desde el cual podía tomarle una foto al edificio que tanto inquietaba a mi amigo.

Las cosas se hicieron como estaban anunciadas: los motoristas taponaron las vías de acceso al centro y el profesor y yo caminamos desde la Plaza del Estudiante hasta el Museo de Etnografía y Folklore, pasando por la Plaza Murillo. A una cuadra de la explanada se alza el dichoso edificio, el cual, con sus 120 metros de alzada y su estilo contemporáneo —solidez de búnker, amplias superficies en vidrio polarizado y una distribución minimalista de paneles con emblemas indígenas— irrumpe agresivamente en el ámbito colonial de ese punto de La Paz. Evo indujo al parlamento para que olvidara las leyes de protección patrimonial que impedían levantar la mole, construida donde antes estaba la vieja sede de gobierno, el Palacio Quemado, a su vez erigido sobre la casa en que, hace varios siglos, funcionó el primer cabildo. Sin embargo, después de estarle un rato en el centro de

la Plaza Murillo mirando el edificio, alcancé a pensar que algún tipo de revancha indigenista se cumplía, con plena legitimidad, con esa ocurrencia de megalomanía arquitectónica: la Iglesia, vieja sojuzgadora del nativo andino, ahora debía sentir a sus espaldas el acedido hambriento del monstruo civil y plurinacional.

El romance sociológico duró hasta que nos sirvieron el almuerzo en la alta terraza de un edificio de la avenida Mariscal Santa Cruz, frente al templo de San Francisco. Entonces, mi guía se soltó en revelaciones y anécdotas contra el mandatario aymara. Dijo que no me dejara deslumbrar por el bloqueo de los motoristas porque de seguro marchaban tan obligados como los funcionarios públicos, a quienes correspondía representar el papel de una multitud fervorosa en los pueblos a los que viajaba el presidente-candidato en la actual campaña electoral (“¡Cómo me conmueve ver tanta acogida en este rincón remoto de mi patria!”; solía decir Evo ante los falsos lugareños). Habló del fondo millonario, destinado a atender asuntos indígenas, que se había evaporado como el agua. Se refirió a computadores con la efigie de Evo grabada en la carcasa, entregados como dotación a profesores universitarios, y contó que un colega que había tapado la marca presidencial con una calcomanía futbolera fue descalificado en su concurso de ascenso (por lo visto, el Gran Hermano aymara tenía ojos en todo lado). Mencionó que Evo había fundado un museo sobre sí mismo en Oruro, su tierra natal, y que allí podía verse su ropa de sindicalista y no sé cuántas cosas más, y dijo que en

alguna escuela había hecho poner una estatua de sus padres. El profesor, con gesto de hastío, acabó haciendo suyas las palabras de la esposa de Carlo Ginzburg, el célebre historiador italiano que había pasado no hacía mucho por Bolivia: “¡Es un Mussolini andino!”. Y cuando pude hacerle una pregunta con los pocos datos electorales que había reunido por casualidad, mi compañero rezongó con total desesperanza: “¿Tú crees que va a perder las elecciones? ¡Evo ya debe saber los resultados!”. Para consolarlo, me adelanté a pagar los dos platos de trucha encostrada.

Esa noche, en el simposio, conocí a un intelectual indígena. Hablamos un rato de *Raza de bronce* —a él le parecía que Arguedas no era tan racista como decían sus paisanos—, y cuando logré situarlo en la actualidad boliviana me bastó una sola frase para entender que ni siquiera él comulgaba con el presidente: “Evo no quiere apagar el incendio porque quiere meterse en el negocio del ganado en esas tierras”, dijo, refiriéndose al fuego en la región de la Chiquitania, desastre que no había conmovido al mandatario, o por lo menos no al punto de aceptar ayuda internacional para sofocar las llamas. Zurcimos la conversación con quejas como esa y algunas reminiscencias literarias que nos eran, en todo caso, inevitables —al fin y al cabo, también había fuego en la novela centenaria—, pero en algún momento, quizá consciente mi nuevo amigo de que debía hacer algo para hacerme sentir a gusto en Bolivia, me propuso que al día siguiente recorriéramos La Paz por la vía elevada de sus teleféricos.

Quedamos de vernos en una estación que yo distinguía por haber visto antes, a sus pies, un café Juan Valdez. Para llegar hasta allá tenía que cruzar la avenida 16 de Julio, cosa que no pude hacer hasta que acabó de pasar la tercera marcha de la semana: la de los mineros. Una multitud de hombres y mujeres, todos aindiados y con sus cascos-linterna puestos, avanzaba entre banderas bolivianas y pascacalles con consignas o nombres de agremiaciones; en uno se leía: Comité local de amas de casa mineras / San Cristóbal / Las mujeres precentes (sic) en la lucha. Logré descifrar, en otras telas, frases alusivas a la necesidad de mejorar las condiciones de trabajo. Muchos transeúntes, sembrados como yo a la vera de la avenida, veían marchar a los obreros con gestos compungidos de solidaridad. Ya del otro lado, una cuadra adentro, encontré al intelectual indígena sentado



con placidez ante un tinto colombiano, del todo abstraído en un libro de ensayos de William Ospina. La verdad, yo hubiera querido encontrarlo leyendo a Silvia Rivera Cusicanqui, pero de todos modos no podía dejar de valorar su intención de hacerme sentir cómodo y —me pareció— de deponer sus lamentos de boliviano, así fuera por un rato.

Lo primero que vi cuando nos arriamos a la taquilla del teleférico fue, en la pared de fondo tras la cajera, una foto gigantesca de la cara de Evo. Mi acompañante, al tanto de mi desconcierto, me hizo un gesto en que vi tanta resignación como hastío. Por esa razón decidí no comentar el segundo descubrimiento: el sello, también con la cara del líder, puesto sobre las puertas de las cabinas móviles: Evo Morales Ayma. Presidente del Estado Plurinacional de Bolivia. Muy pronto, sin embargo, olvidamos las vanidades terrenales y nos obnubilamos con la contemplación aérea de La Paz, que incluso mi amigo, acostumbrado a ella, encontraba deslumbrante: abajo, el colorido

apiñamiento de casas sin revoque y edificios nuevos, mezclados de una manera que no dejaba de ser armónica; arriba, los broncos perfiles montañosos entre los que sobresalía la masa nevada del Illimani, todo ello dominado por el azul absoluto del cielo. El intelectual indígena me convidó con las hojas de coca que sacó de una chuspa, con lo cual afinó la intensidad cultural del momento. En ese cuadro apenas vino a desentonar el edificio de Evo, el cual, ya muy pequeño —pero con su helipuerto perfectamente visible— avistamos desde la Línea Roja. Dijo entonces mi amigo:

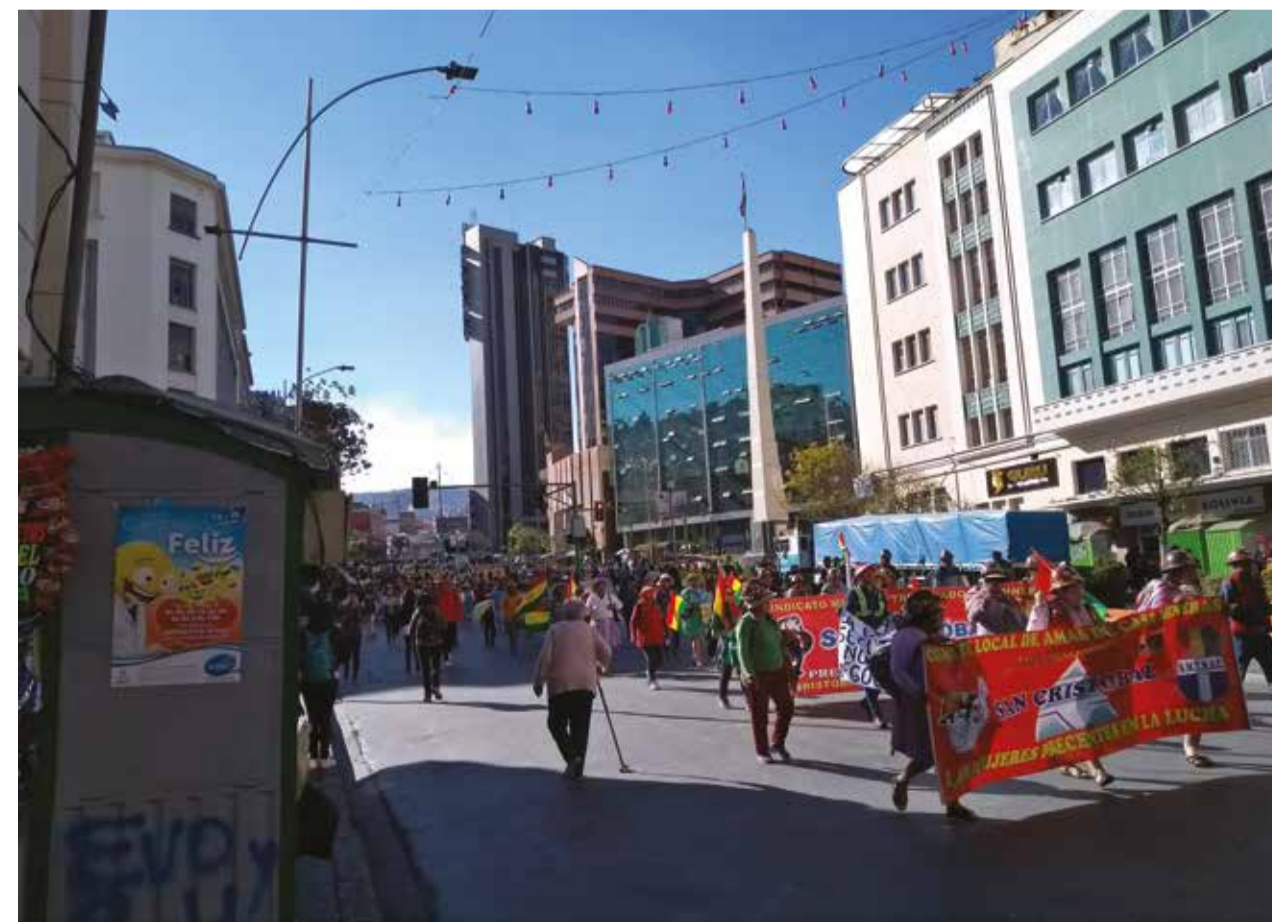
—Y lo peor son esos diseños indígenas, pegados como si fueran stickers.

No dijo más, dispuesto como estaba a no enturbiar mi experiencia paceña con asuntos de coyuntura política. Pero para mí fue muy reveladora esa frase dicha como al acaso, porque me dejaba ver que ni siquiera los nativos bolivianos veían con buenos ojos esa excrecencia arquitectónica, en mala hora surgida —como un tumor— del tejido histórico de la

ciudad y que relegaba los signos étnicos a un utilitarismo nauseabundo. Dimos una larga vuelta por la red teleférica hasta descender en una estación amarilla del sector de Sopocachi, no lejos del teatro en el que, poco después, tendría lugar la clausura del simposio.

Al otro día, temprano, muy a pesar de la resaca que me habían dejado las cervezas apuradas con mis colegas —cervezas de sabor muy alcohólico, como me parecieron todas las que tomé en ese país—, salí hacia la estación de buses para aprovechar el último día del viaje en Tiwanaku, uno de los emplazamientos arqueológicos más antiguos de Los Andes. Me ilusionaba poner los ojos en otra cosa que no fueran las formas y colores del mundo contemporáneo, tan acompañados de estridencias y malos olores. Pero muy pronto advertí que no iba a ser posible sumirme en el ensueño prehispánico: en el colectivo, mientras esperaba la partida conversando con una empresaria mexicana y un turista brasileño, un comentario vago de este último sobre Evo hizo que una familia potosina, hasta entonces acomodada pétreamente —por silenciosa— en los primeros asientos, metiera baza en la conversación con juicios adversos acerca de la figura presidencial. Durante la siguiente hora y media escuchamos cómo el adjetivo “repugnante” salía, varias veces, de la boca de la mujer más joven del grupo. Entonces se me hizo clara la conclusión que debía presentar a mis amigos al regresar a Colombia: y era que, aun sin saber lo que, específicamente, se cocía en la olla de los trece años de la presidencia de Evo, lo cierto era que sus coterráneos experimentaban total e irremediable hastío frente a su imagen. El régimen, en términos icónicos, ya no era viable.

Llegamos a Tiwanaku bajo el sol aplastante del mediodía a 3850 metros sobre el nivel del mar. Ante nosotros se abría una meseta seca pero de magníficas sugerencias, adornada con los restos de amplísimas construcciones derruidas. Quince minutos después, cuando alcancé la parte alta del templo de Kalasasaya y avisté a lo lejos, de espaldas, la mole del monolito “Ponce”, pensé que del otro lado iba a encontrar, esculpido con gesto hierático, el rostro que más veces había visto en los últimos tres días. Por un momento me sentí abandonado en un vórtice de horror. ☹



Manuel Mejía Vallejo y los nadaístas

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustraciones: Tobías Arboleda

Desde el comienzo de nuestra irrupción en Medellín, los nadaístas mantuvimos con Manuel Mejía Vallejo una amistad llena de reticencias. A veces lindaba con la camaradería, y a veces con el atentado personal y la vileza. Ahora cuando me dispongo a hablar sobre su persona y su obra hallo en mí un montón de sentimientos encontrados. Cavilo si centrarme en lo que nos unía o enfatizar en lo que nos apartaba. Fue un buen amigo de quien nos alejaron muchas cosas. Su entendimiento de lo que debe ser la literatura no compaginaba con lo que nosotros pensábamos. Sus ídolos literarios eran Tomás Carrasquilla, entre los colombianos, y Eduardo Mallea entre los latinoamericanos. Nuestros maestros eran Rimbaud, Lautremont y Henry Miller y en la literatura nacional apreciábamos a León de Greiff y a Fernando González y a los integrantes del grupo de *Mito*, incluido el aún desconocido García Márquez. Para ajustar, valga la infidencia, Manuel Mejía y yo nos vimos envueltos en una historia de amor que me hizo sufrir como un condenado, cuando sedujo a mi novia de los quince años, que me abandonó obnubilada por su prestigio, su labia de culebreiro y su corbata de galán. La comprendo. Yo tenía dos camisas. Una puesta y otra en un platón con detergente esperándome en algún hotelito proletario. Y había empeñado mi única corbata, la de la primera comunión, por una cerveza. A mí mis padres no me soportaban. Los suyos estaban muy orgullosos de su muchacho con razón: acababa de ganar un concurso de cuento en El Salvador. Un buen comienzo. Porque después ganó premios en todas partes: en Cali y Manizales e intermedias, para acceder más tarde al Nadal y al Rómulo Gallegos.

A Manuel lo atraían las muchachas bonitas, y sobre todo tiernas cuando ya no se cocinaba en dos aguas, más que las mujeres hechas y derechas aunque fueran bellas. Tal vez la afición a las nínfulas revelara una secreta inseguridad. Un miedo al amor adulto.

Manuel Mejía era un hombre querible, tenía eso que los antiguos llamaron bonhomía. Nosotros lo admirábamos por su vida privada que algunos divulgaron, llena de singularidades en una ciudad pragmática que trataba de cogerle el ritmo al siglo con retraso. Decían que pintaba al carboncillo con talento, que practicaba el moldeado en barro, que inventaba juguetes artesanales, lo cual hablaba de su candor pero al mismo tiempo de unas cualidades humanas que nos seducían, las de la sensibilidad para las actividades inútiles, porque lo hacía por gusto, sin las intenciones torticeras del comerciante, y ni siquiera para jugar con sus invenciones porque siempre estaba ocupado escribiendo, o bebiendo. O seduciendo las novias de los amigos. Más tarde supe que se preocupaba por las técnicas de la impresión de libros. Y que escribió una carta a la casa Heidelberg con una propuesta para mejorar sus prensas famosas en el mundo.

Aunque estábamos lejos de sus ideales estéticos y su estilo obediente a preceptivas que nosotros habíamos venido a desprestigiar, Mejía Vallejo fue un habitual de nuestras tertulias primerizas, uno de esos contertulios que sin pertenecer de corazón al movimiento, ni adherir a sus propuestas renovadoras,

lo veían con curiosidad y simpatía. Había otros, pero nos parecían intratables, como Jorge Robledo Ortiz, poeta de la raza, y como Jorge Montoya Toro, un filisteo que escribía sonetos a Jesucristo y a las impúdicas rosas. Mejía estaba más próximo a nosotros aunque su escritura no concordara con las crisis de un mundo que asistía a las circunvoluciones de los primeros satélites artificiales, con una perra dentro, un mono, o una señora rusa. Y al asco de una nueva guerra, la de Vietnam, que algunos contaban como el primer estallido de una tercera conflagración mundial hecha de conflictos focalizados.

Su escritura olía a boñiga y a saucos en un mundo que se urbanizaba y al que comenzaban a atosigar los vahos de la gasolina. Pero de cualquier modo no era rimbombante como casi todos los poetas del entorno pobrísimo. Era la primera persona de la santísima trinidad literaria de la antioqueñidad. Las otras fueron Carlos Castro Saavedra, un poeta de corte nerudiano dado a las depresiones que cantaba a los carpinteros, y Oscar Hernández, otro magro discípulo de Neruda aunque mezclara a esa influencia la ternura de César Vallejo, y la tristeza que puso de moda el peruano envenenado en París con la solanina de las papas del mercado de los pobres. Los tres se acercaron a nuestra capilla desabrada, surgida en plan de escandalizar la aldea donde el arzobispo importaba más que el alcalde porque había arrendado al diablo. Castro pronto dejó de tratarnos enemistado con Gonzalo Arango por la nimiedad de un epíteto cariñoso. Hernández debía trabajar para sostener una familia. Y jamás entendió que mantuviéramos una discreta distancia, saludable además como después se vio, con la izquierda colombiana, más hecha de sentimientos beatos que de ideas, y de pasión que de marxismo.

La prosa de Mejía Vallejo era clara, tranquila. Más próxima a la verdad de la vida para nuestro criterio, así nos resultara sospechosa por ordenada y racional, y aunque sus relatos estuvieron plagados de diálogos sentenciosos y descripciones convencionales fuera de tono para quienes pretendíamos ser absolutamente modernos según el mandato de Rimbaud. Nosotros amábamos lo descabellado. Nos parecía que la misma sintaxis y hasta la ortografía eran cárceles que justificaban el orden establecido. Y los temas agrestes de sus primeras prosas, *La tierra éramos nosotros* y *Tiempo de sequía*, nos sonaban anacrónicos a pesar de la sobriedad. Él se aferraba a la nostalgia del pasado. Nosotros estábamos pendientes de un futuro que temíamos y aferrados al presente existencialista, a la inmediatez de la experiencia. El pensaba que un relato, así nos dijo una vez puesto en el plan magistral que en ocasiones adoptó al hablarnos con el aire de superioridad del escritor laureado, debía comenzar por una panorámica del ambiente, y seguir con la presentación de los personajes, antes de ponerlos en acción. Esas ingenuidades de una preceptiva retrógrada no nos impidieron quererlo. Para nosotros las novelas y los cuentos podían principiar por donde a uno le diera la gana, y carecer de pies y cabeza, y ni siquiera eran necesarias, sino indeseables, las supercherías aristotélicas del conflicto, la trama, la peripecia y la anagnórsis. Pero lo aceptamos distinto como era, vestido de paño, camisa de cuello y corbata, y con la costumbre de visitar al peluquero cada sábado para que le puliera las patillas. Nosotros nos dejábamos crecer el pelo como los piratas que nos sentíamos, vestíamos bluyines, camisas de colores, mocasines, medias de rombos. A él le gustaba hacer el elogio de Asturias, y Rómulo Gallegos, y estaba decidido a continuar la tradición de Tomás Carrasquilla. Nosotros preferíamos a Joyce, a Becket, a Buttor y a los objetualistas

franceses, en cuyas obras no pasaba a veces nada distinto del viento de las hojas al volverlas. Y desconfiábamos de los apologistas de lo autóctono. De los nostálgicos de los padres indios y los guerreros criollos empobrecidos por las guerras civiles. De los dolores del campesino que hablaba con los pájaros de sus amores y llevaba una barbera en el carriel por si se veía obligado a cobrar una ofensa de borrachos. El color local nos espantaba, nos declaramos los servidores de una nueva barbarie dispuesta a arrasar los falsos valores de Occidente. Amílcar empezaba a circular entre nosotros los libros de Nietzsche. A Manuel Mejía la filosofía le era indiferente, no tenía problemas metafísicos más allá de los cafés con leche con buñuelo frío que comía con mi exnovia en la Heladería Donald. Y jamás lo vi interesado en nuestras discusiones, las propias de unos muchachos educados en el catolicismo que acababan de descubrir a Bertrand Russell y el existencialismo y a Nicola Abbagnano en los brevarios del Fondo de Cultura Económica.

A veces lo veíamos salir de matiné después de ver alguna película norteamericana de vaqueros que quizás le ayudaba a redondear sus fábulas de duelos de matones. Una obra suya se llamó *El día señalado* como una película norteamericana famosa. Lo cual puede no ser casualidad. Y escribió un cuento que tituló, *La venganza*, como bien hubiera podido nombrarse un *western* espagueti de Clint Eastwood. A nosotros nos intrigaban más las películas de tesis, el cine de una lentitud infernal de Bergman, el neorrealismo italiano, los dramas patafísicos de la nueva ola francesa con sus romances entre seres atrabiliarios y despistados, y sus parlamentos en el lenguaje del retorcido humanismo sartreano, perfectos para calificar el tedio de vivir, el sentimiento del absurdo y la irrefutable inutilidad de todo. Para Manuel Mejía todo eso no pasaba de ser un capricho de niños burgueses, una impostura que no valía la pena tomar en serio.

No encajábamos por completo a pesar de los esfuerzos por quererlos. Manuel Mejía nació en 1923, el día del idioma español: el mayor de los nadaístas había nacido en 1931 bajo el signo de Capricornio que lo hizo sombrío y proclive a inventarse fracasos. Mejía Vallejo disfrutaba los bambucos olorosos a toronjil, los desechos de carrilera y los tangos maternos a la hora de sus tragos. Los nadaístas para nuestros festines de mala fama recurriamos al jazz estridente de New Orleans, a Duke Ellington, a las canciones canallas de la Piaff y Juliette Grecco. Nos gustaban los tangos, pues eran el folclor urbano de la ciudad industrial de Colombia, pero los escuchábamos de distinto modo.

Los padres de los nadaístas eran todos pequeños funcionarios o comerciantes al menudeo. Con la excepción de Gonzalo Arango, llegado de Andes, y de Amílcar Osorio, que llegó desde Jericó, los demás crecimos junto a las fábricas, en medio de los buses urbanos que reemplazaron los *trolleys* y los tranvías. Tal vez en esta circunstancia radicaron las desavenencias con el autor de *La casa de las dos palmas*. Nosotros habíamos conocido de oídas la Violencia. Manuel Mejía sabía mejor de las brutalidades de las guerras entre liberales y conservadores. Pero el peor desacuerdo entre nosotros fue causado por la devoción que él guardaba por Tomás Carrasquilla, un escritor que considerábamos injustamente un autor fallido, un costumbrista, el maestro de un estilo marchito.

Algunos entre nosotros empezábamos a interesarnos en las ciencias de los pulsares y las estrellas enanas que se derriten sobre sí mismas, en el comportamiento secreto de los átomos, imbuidos en la siniestra amenaza del peligro nuclear que fue la espada de Damocles

sobre nuestras cabezas despeinadas. Manuel Mejía contra las metafísicas que estas preocupaciones suscitaban en nosotros albergaba una sola certeza mística: que existía una ley de la compensación, semejante al karma, que los nadaístas comenzamos a debatir a partir de la lectura de los textos del budismo, a los que llegamos empujados por los poetas *beat*, fanáticos del dharma. O camino. No había demasiadas contradicciones interiores en Manuel Mejía. Era un hombre simple como unas tijeras. Y formaba parte del orden parroquial como un adorno. Nosotros éramos la imagen del desconcierto y la desconfianza. Ahora que lo pienso, si seguimos siendo amigos a pesar de todo fue por el sentido del humor que compartíamos. Por la capacidad para reírnos. Aunque él solo les aplicara el cauterio de la risa a los demás. Mientras los nadaístas podíamos reírnos de nosotros mismos con perfecta impudicia. Él se tomaba en serio su vida y su trabajo de escritor. Nosotros éramos más irresponsables y estábamos más confundidos. Él era un escritor del establecimiento. Nosotros estábamos situados al margen. Recuerdo que al principio me impresionó un rasgo de personalidad muy escaso entre los círculos de los escritores: jamás hablaba mal de los ausentes, aunque después aprendí. Pero en general nunca lo vi comprometerse, ni hablar de la política del día, por ejemplo, que es algo que les gusta tanto a los escritores modernos. Era cauto.

Manuel Mejía fue un detractor injusto del nadaísmo cuando estaba de malas pulgas. Sobre todo le gustaba vapulear al pobre gonzaloarango por lo que decía y lo que dejaba de decir. En ocasiones Mejía se pasaba de crítico acerbo con nosotros. Una vez, él había envejecido, y yo me había casado y separado, y vuelto a casar por aquellas cosas del eterno retorno y el miedo de la soledad, leyó un poema que buscaba, a través de unas cucarachas, celebrar la música humana y la técnica moderna. Y me dijo sonriendo con ironía campechana. "Escribirle poemas a las cucarachas es una bobada, hombre". Y me miró como quien piensa sin razón que las cucarachas solo necesitan insecticidas y no poemas con reminiscencias de Vivaldi y Schönberg y con pormenores sobre la fabricación de los transistores. No quise decirle que las cucarachas tenían tanto derecho a ser poéticas como los alelíos. Y que había descubierto en un viaje de LSD que son ángeles camuflados. Y un portento biológico. No hubiera comprendido.

Pero al mismo tiempo Manuel Mejía fue muy generoso con los poetas del nadaísmo que comenzaron a transitar por la carrera Junín en los años sesentas y que lo veían salir de las películas de la vespertina con sus eternos cartapacios bajo el brazo en busca de un café tranquilo donde corregir sus obras. No solo participaba en nuestras tertulias con su ingenio cándido, sus recuerdos de la madre Laura con la que guardaba un parecido físico, sus memorias de aventurero por Centroamérica y su colección de refranes y décimas y coplas aprendidos con los peones de las fincas donde creció. A veces fue magnánimo con nosotros de un modo que ahora me permite sospechar de su insinceridad cuando nos quiso y cuando nos desdiseñó. Eso no importa. Es preciso honrar la justicia. Cuando lo nombraron director de la imprenta municipal de Medellín publicó allí el primer libro de Gonzalo Arango, *HK 111* y *Nada bajo el cielorrasso*, dos obras de teatro que le permitieron al capitán del nadaísmo el sentimiento inenarrable de saborear la gloria de sostener en sus manos su primer libro publicado.

HK 111 alcanzó el honor de las tablas bajo la dirección de Fausto Cabrera, un activista español que después fue guerrillero maofista y acabó en la China,

un ecléctico que recitaba un día *Claves rojas* o *La casada infiel* y cosas de mayor enjundia de García Lorca y al otro montaba una broma de Ionesco. Ignoro si llegó a entenderse con *Poeta en Nueva York*, el único Lorca soportable para los nadaístas. La obra contó con la actuación de Santiago García y Mónica Silva su mujer entonces. Los tres habían fundado el Teatro Experimental El Búho para la divulgación de las obras de la vanguardia, con la pretensión de fundar un grupo estable que ayudara a la creación de un teatro nacional moderno que superara las comedias políticofolclóricas de Campitos, y las obras del rancio teatro español de Jacinto Benavente y Alejandro Casona, autores predilectos de los grupos de aficionados de Colombia antes de que se pudiera hablar de profesionales de las tablas.

HK 111 fue puesta en escena en el teatro Ópera de Medellín después de una temporada en Bogotá y causó estupor en la parroquia. Una escenografía escueta con seis varillas simulaba la cabina de un avión, el protagonista amenazaba en el clímax de la obra con orinarse en el escenario. Escatología pueril pero inusual para el lugar y los tiempos. Gonzalo Arango les tenía pánico a los aviones. Y pensaba que eran el más terrorífico de los inventos humanos junto con la jeringa hipodérmica.

Yo hice el ridículo al llevar a la gala en aquel calor estival un abrigo inglés de paño que pesaba como el Big Ben y hacía los efectos de una sauna, propiedad de mi padre que lo había recibido de Laureano Gómez por interpuesta persona, un primo suyo postizo, un hombre notable durante la presidencia del Monstruo, y que siguió siéndolo durante la dictablanda de Rojas Pinilla.

Cuando dediqué a mi padre "El anticuario", un poema que pretende reunir (como nadie lo ha notado lo anoto) las ideas afines a la noción de decadencia, Manuel Mejía me hizo un elogio matizado de sorna: si tu poema de las cucarachas me parece una nadaísta, el que le dedicaste a tu padre debería formar parte de la antología de la poesía colombiana siempre. Se dosificaba. Entre el vituperio y la alabanza. Esa noche celebramos mi poema en la casa de una de mis hermanas. Fue la única vez que lo vi borracho. Siempre fue de un aguante olímpico. Ya se encaminaba a la bancarrota. Y acabó cuan largo era, bocarriba, en la mesa de centro bañado en ron Caldas.

Yo lo quise desde que lo conocí. Y él también me quería y hasta admiraba al osado adolescente que yo era cuando comenzamos a tratarnos como vecinos en el barrio Los Ángeles. Yo era un adolescente con una mala fama merecidísima. Y con la suerte bendecida por una enorme capacidad para la indiferencia, resignado a vegetar sin rencor ni esperanza, sin propósitos, vacío por dentro, sin tuétanos. La falta de pudor me permite reconocer que también me adornaba un cierto éxito entre las muchachas más bellas de la ciudad de mercaderes con vocación industrial, a pesar de mis camisas de pobre, mis zapatos rotos y la melena salvaje que extrañaba el champú. Creo que las muchachas se me acercaban seducidas por mi fama de poeta precoz más que por mi cara de ángel despeñado. Llevadas por algún impulso tanático. Porque fui magnífico como amante a la hora de hacerlas sufrir.

Manuel Mejía me hizo muy desgraciado cuando se quedó con el amorcito de mis primeras experiencias reales de amor, y al fin me arrebató a la sujeta de mis primeros afectos, valido de su aire de Pedro Armendáriz y de su propensión a ganar concursos de literatura. Más tarde, para compensarme, se convirtió en mi primer editor. Pues cuando lo echaron de la imprenta oficial por imprimir las obras de teatro del inventor del nadaísmo fundó con Oscar Hernández una



editorial que llamaron Papel Sobrante, pues la alimentaban con los desechos de las prensas de los periódicos municipales donde Oscar Hernández hacía de todero. Uno de los primeros libros de la empresa fue mi libro *Invencción de la uva*. Los otros fueron los cuentos primeros de Darío Ruiz Gómez y de Oscar Collazos.

Medellín aquellos años vivía el sopor saludable del Frente Nacional después las atrocidades de la violencia que prolongó las guerras religiosas del siglo XIX. Hernández, Mejía Vallejo y Castro Saavedra eran los autores prominentes en la aldea de un millón escaso de habitantes. No había dicho que Oscar Hernández escribía poemas al pan, al trigo y a las amadas, y que fue un montón de cosas, boxeador, futbolista, vendedor ambulante y empresario de una fábrica de refrescos; que Manuel Mejía había viajado por Centroamérica siguiendo los pasos de Porfirio Barba Jacob, y que Carlos Castro pavoneaba los elogios que le hizo Pablo Neruda a su poesía cuando estuvo en Chile. Neruda comenzaba a descollar con su obra desigual y profusa, y por el brillo de su glotonería verbal, llevado de la mano de los comunistas. Y un espaldarazo suyo era consagratorio. En la casa de poesía Silva de Bogotá hay una fotografía conmovedora de un Castro Saavedra, la cara triste y menuda, y con un sombrero hiperbólico que le queda como una casa, junto a León de Greiff que a su lado parece un ogro vikingo con su belfo, la boina y el traje de paño desgachado de siempre. Sus amigos solían preguntarle dónde mandaba a arrugar los vestidos.

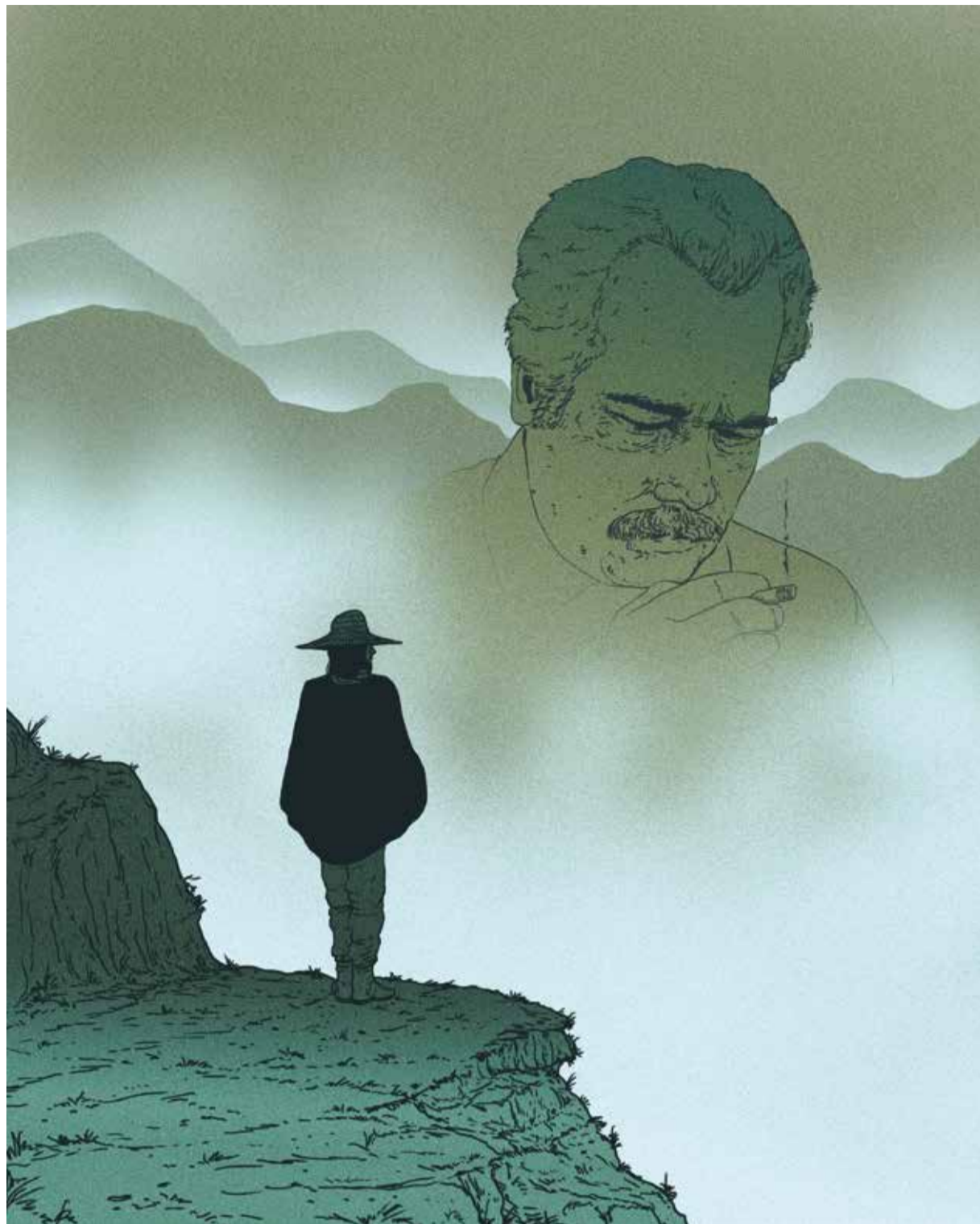
Manuel Mejía Vallejo fue el narrador más reputado de Colombia hasta la aparición de *Cien años de soledad*. Yo creo que resintió su publicación como un desorden inesperado en su honra. Los escritores suelen tener egos frondosos. *Cien años de soledad* confundió la literatura colombiana con sus excesos. De modo que muchos novelistas colombianos apelaron a los recursos del realismo mágico en una mimesis cómica y servil, y otros, para corregir el rumbo, apelaron al grotesco, a la recuperación de sus recuerdos familiares o a la novela histórica ideologizada. En el desconcierto probó la novela urbana. Y como había abandonado las temáticas campesinas, inventó a Balandú, que se insinuó en sus escritos tímidamente hasta alcanzar la apoteosis en *La casa de las dos palmas*, que intenta contar una saga familiar como el piedracielista de Aracataca.

Mejía hizo alguna mención literaria de mi deslustrada persona. Quizás para acallar la mala conciencia del depredador sexual. En *La sombra de tu paso*, donde la novia que me ganó se llama Claudia, expresa sus celos. Y le pregunta. ¿Lo amaste? Y ella. A quién. Y él le dice: a Eduardo. Y dice que yo entonces me parecía a Jesucristo... cuando lo aporreaban. No sé qué quería decir con eso de mi barba y mis greñas de cobre. Y sin mi novia en aquella Junín donde los nadaístas gastamos la adolescencia en el descubrimiento del amor y la poesía a contramano, cometiendo pequeños delitos viles, fumando marihuana, emborrachándonos y tragando a puñadas barbitúricos de la casa Lilly. Desde niño soñé ser escritor. Pero nunca se me pasó por la cabeza que podía ser un personaje de novela.

Los que no vivieron aquellos días en esa aldea en las faldas de los Andes nunca alcanzarán a imaginar cómo era entonces la ciudad que fundó don Miguel de Aguinaga. Soy un sentimental. No me importa. Medellín es para mí la de antes de la Avenida Oriental que comió el sacrilegio de comerse la casa de Dora Echavarría, la suegra de Manuel Mejía, la abuela de sus hijos, que lo adoraba. Y sentí mucho el día cuando tumbaron el Hotel Europa que era como un Kremlin en chiquito. Al Medellín de mis recuerdos le lucía ese edificio con cúpulas negras, como le sigue luciendo un palacio egipcio en la calle Miranda o una portada con leones de bronce en la casa de un magnate en el barrio Laureles. En el lugar que dejó el Hotel Europa levantaron la Torre Coltejer, que no sabe a nada, empujando el hocico hacia el cielo empobrecido, aguja ciega, para hacer una metáfora de sastre. Otros la consideran la marca del comienzo de la decadencia de la familia Echavarría, como Babel confundió las lenguas de los israelitas para castigar su arrogancia.

La tragedia del empresariado antioqueño burgués fue su aniquilación por el proletariado chino en la guerra comercial del mundo. En la bendita globalización galopante los discípulos de Mao condujeron a la bancarrota a la ilustre familia paisa, admirada y vilipendiada, que llevó a Medellín a trancazos de tren hasta Puerto Berrío y de allí a lomo de mula los primeros telares mecánicos. Fernando González dijo que Medellín era bueno cuando los Echavarrías estaban chiquitos. Desconfiaba de los retumbos del progreso. Como todos los metafísicos que saben que es imposible conectarse por teléfono con lo esencial.

La calle Junín era un hervidero de chismes. *La sombra de tu paso*, *Y el mundo sigue andando* están hechos de eso. De murmuraciones. Cuando Manuel Mejía intentó liberarse de los helechos de *La tierra éramos nosotros*, los muchachos de entonces



estrenábamos el desaliño de los existencialistas franceses que superara el dandismo de gominas de la generación de los cocacoles y sus propias corbatas ya pasando de moda, en una ciudad donde todo el mundo aún saludaba a los policías secretos por sus nombres. Y por sus apodos a los borrachos del Parque de Bolívar, de alcohol antiséptico y pasante de grillo. Mejía Vallejo y sus amigos, Hernández y Castro Saavedra, adecentaron el uso del parque. Se reunían por las noches con sus libros bajo los balsos del de Bolívar frente a la heladería San Francisco. Los hombres de bien solo lo usaban cuando iban a embolarse los zapatos. Y los domingos de la retreta.

Manuel Mejía estaba recién llegado de Centroamérica y gozaba de un tibia prestigio por sus cuentos agrestes de gallera, haciendas, venganzas de hermanos y parricidas incapaces del sacrilegio. De cuentos de campesinos que más tarde cambió por cuchilleros de barriada en *Aire de Tango*. En *Y el mundo sigue andando* se estrena de Joyce andino pero no le lucen los experimentos y los retruécanos se le atorán. Aunque no lo quisiera era sin remedio un representante del machismo latinoamericano en la vertiente andina de la literatura colombiana.

Todo era cándido, liviano y feliz en la calle Junín que transitaba Manuel Mejía Vallejo, tanto que lo único posible era que a alguien se le ocurriera inventar el nadaísmo con su sentido trágico y sus amarguras impostadas que después se tornaron en amarguras y podredumbres auténticas. Mejía acabó por apartarse de nosotros del todo cuando apareció la marihuana en las fiestas. Y comenzó a crear su propio entorno de amigos con Darío Ruiz, Oscar Jaramillo, Elkin Restrepo, Oscar Collazos y Fernando González hijo. Y recuerdo que después del primer manifiesto publicamos un volante supuestamente patrocinado por una inexistente fábrica de papitas Juan XXIII. Y recuerdo, pero puede ser un falso recuerdo, que a Mejía Vallejo, que se había regocijado por nuestra irrupción podrida en el paraíso de popelina, no le gustó el fingido patrocinio. Era un anticlerical respetuoso. No estoy seguro de que no creyera en el diablo. Recorrió los caminos de Barba Jacob por Centroamérica y escribió

un libro sin mucha gracia dedicado al vate de Santa Rosa. Pero la marihuana remota de Barba no era un peligro como la nuestra para él.

A mí, digo, para comenzar a terminar, más que su ecuanimidad y sus virtudes evidentes me impresionaron en él sobre todo los rones triples de la madurez que se echaba en ayunas en su casa de la calle Perú, cuando comenzó a deteriorarse y a dudar de su grandeza, después de la aparición apoteósica de *Cien años de soledad*. Como casi todos los escritores colombianos experimentó un cimbronazo con ese libro monstruoso que devolvió la novela moderna a sus orígenes. Las pretensiones de Manuel Mejía de convertirse en el continuador de la línea narrativa de Tomás Carrasquilla con un toque de José Eustasio Rivera se volvieron obsoletas.

Del nadaísmo se han dicho muchas cosas. Pero bien pudo ser solo una reacción necesaria del alma del mundo en nosotros, en una isla feliz llena de muchachas en flor donde comenzaban a oírse los primeros rocanroles, a ponerse de moda el cubalibre, en un país convulsionado, corrompido y violento, que se había dado una tregua relativa con el Frente Nacional. Algunos le achacan al Frente Nacional nuestras desgracias actuales. No fue tan malo. El país creció en la realidad y en las estadísticas. Recuerdo que en mis tiempos el acceso a la universidad era un privilegio. El Frente Nacional comenzó a democratizar la educación. Y la salud. El país mejoró. Y el nadaísmo fue un síntoma positivo de los tiempos que comenzaban y de sus crisis. La gente comenzó a decir otras cosas en las tertulias de los nadaístas en las cafeterías de nombres ingeniosos como Bambi y Donald. A pensar otras cosas. A nosotros nos tocó empatar los últimos totes del diablo parroquial con el estruendo de los cohetes interestelares. Recuerdo el repeluzno que experimenté cuando los periódicos trajeron la noticia de que los rusos habían puesto a dar vueltas a una perra en los espacios exteriores a la biosfera. Yo era un exseminarista que no terminaba de solucionar sus problemas con Dios. Y sentí que se me encrespaba el pelo de la cabeza y los remanentes de la cresta vertebral del anfibio.

Gonzalo Arango que tenía su toque maligno a pesar de su fama de santo, y tenía una vieja deuda por cobrar, en una carta me escribió, después de una noche

de tragos que Manuel Mejía gastó en llenar de reproches al pobre profeta de la nueva oscuridad: "...de los hombres espero lo peor; sobre todo de los intelectuales, de los literatos. Son de otra raza. Soy una raza opuesta: y tú, Ed, eres mi mejor alma, mi espejo más transparente. En ti reflejo lo poco que puede ser salvado en mí, no como escritor, sino como ser vivo... La agresión del Premio Nadal... contra el nadaísmo en general... es un fruto tardío de su recóndita amargura. Recuerda la noche en el homenaje a Evtuschenko. Somos tan ajenos a sus dioses y a lo que escribe. No me extraña: él fracasó en sus aspiraciones a Maestro de la juventud. Nuestra generación no lo soportó, era la flor y nata de la Bondad. Como me dijo una vez Fernando González, 'nunca podrá ser un artista, goza de excelente salud'. Podrá escribir cien novelas, ganar el Premio Nobel, ser laureado o fuera de concurso en los juegos florales de Manizales, pero nunca osará una locura respetable. Tendrá siempre miedo de invertir la lógica, de afirmar que DOS MÁS DOS SON EL PRINCIPIO DE LA MUERTE (no recuerdo si esta frase es de Dostoievski o la acabo de inventar, pero vale)... Eso es él, un linotipo que trabaja, que piensa; una caña pensante pero sin la angustia de Pascal. A Manuel Mejía le tengo afecto precisamente porque está fuera del ring, es campirano, gallero, nostálgico de burdelito de Jericó donde perdió su virginidad por un soneto, amigo íntimo del bobo del pueblo, etc. Porque labora sus novelitas como un herrero, y de tanto hacer y rehacer de pronto salta una chispita en su desierto mental, pero no por culpa de su genio, sino de tanto soplar en la forja. Realmente es un buen hombre, aunque literatoso como escritor. Él defiende su parcela de la plaga nadaísta y es su derecho. Él sabe que su herencia no tiene porvenir en nuestra generación, que será olvidado antes de ser. No puede perdonar que su posteridad esté integrada por una pandilla de bastardos como nosotros, desalmados para esas cosas que él fabrica, pura cacharrería estética para consumo de amas de casa, para entretener una digestión, un desvelo, un idilio parroquial de ventana. Él nos regaña paternalmente y quiere convertirnos a su 'seriedad', reformados en su provecho, en provecho de la literatura bonita, lógica, moral y graciosamente filisteo en la que trabajó como un minero... Hay que reconocer que lo hace honestamente, que no da más, que no tiene de dónde sacar más. A los 45 años no se puede tomar chocolate en familia impunemente, ni rezar el rosario, ni tocar tiple en reuniones de sociedad intelectual... Eso tara, da un carácter. Su literatura resulta inexorablemente chocolatera, conservadora, de meada en la cama después que la mamá reparte bendiciones. Novelas con susurro de tiple y olor de verbabuena. Qué esperanza... Tu y yo lo comprendemos, por eso lo admiramos. Porque es un pobre sufridor de sentimientos; porque se apostó todo a la literatura y no dejó nada para reirse de sí mismo. Por eso está jodido, y yo lo estimo suficiente para no tenerle piedad... Olvidemos pues sus ofensas; en ellas se consuela, le dan una vaga razón de ser... Permitámosle que tenga razón, que nos injurie y nos abomine si eso lo desahoga. A los nadaístas no nos disminuye su parroquial grandeza. Apliquémosle los santos óleos y que sea inmortal. Él vive para la gloria literaria".

La carta resume bien nuestra relación, pero Gonzalo extrae un corolario, y nos invita a estar vigilantes, a no dormiros sobre nuestros pobres laureles de adormidera, a estar conscientes de nuestros límites, y sobre todo, a la lucidez de no consentir la literatura como el fin de la vida. Y pido perdón por la extensión de la cita y por la crueldad que emana, unida a una inmensa ternura por el amigo lejano, pero amigo a pesar de todo.

Manuel Mejía fue sobre todo un poeta apreciable, un gran poeta, puesto que fue capaz de escribir esta décima:

Llovían cielos nublados
por las selvas del Chocó;
llovía tanto, que yo
tuve los ojos mojados.
En esos tiempos llorados
nunca de llanto se hablaba
aunque la pena sobraba
con tan húmedo rigor,
que no sabía el amor
si llovía o si lloraba.

Eso me basta para querer a Manuel a pesar de lo que encontramos en él reprehensible desde nuestra orilla del mundo, y nuestra orilla del tiempo. ☺



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

CAMINO CON YE

Publica Juan Carlos Garay en *El Malpensante* una estupenda crónica en la que registra tres imágenes de una misión imposible: alguien levanta la orilla del mar, tomándola por una sábana, y encuentra (o busca) algo debajo. Los artistas que a tanto se atreven son en su orden Guy Billout, Salvador Dalí y Tex Avery, el genial creador de dibujos animados de los años treinta y cuarenta.

Aquí hace un alto este cronista, porque se le aparece en el camino una Ye. Un ramal apunta hacia Tex Avery, el otro hacia Garay. Tras un momento de vacilación, opta por una breve visita al último, y promete al primero un próximo saludo.

Juan Carlos Garay nació en Perú, en 1974; pero, hijo de padres colombianos, es un cachaco de la mejor ley. Periodista especializado en asuntos culturales, melómano de tiempo casi completo (sus otras aficiones son la astronomía y la escritura de ficción), es columnista, cronista, orientador musical de programas radiales con un público cautivo (sus dominios van del jazz hasta la salsa y el rock, pasando por Mozart y Beethoven). Como novelista, ha publicado tres espléndidas novelas y tiene una en las puertas del horno.

(Miro la Ye y se me viene al recuerdo que Garay, en la crónica arriba mencionada, llama a Avery "el dibujante más delirante de la época dorada de Hollywood". Creador, entre muchos otros, de Bugs Bunny, Droopy y el Pato Lucas, surrealista *malgré lui*, bien podría Avery haber inspirado al pintor catalán —las fechas lo permiten— la imagen que vemos en *El Malpensante*. Pero todo esto se está saliendo de plomada. Tiempo habrá, como ya se dijo).

Para terminar con una digresión, improbable lector, confiesa este cronista que *La nostalgia del melómano*, ópera prima de Garay, es una de las pocas novelas (colombianas, se entiende) que agradece haber leído en los últimos tiempos. Su opinión es desechable, claro está, pero, ya entrado en gastos, piensa también en libros —uno por autor— de Silvia Galvis, Marcela Velásquez, Dasso Saldívar... Con *Pasajera en tránsito* (Yolanda Reyes) y *Al otro lado del mar* (María Cristina Restrepo) le ocurrió el fenómeno retrospectivo de haberlas leído sin excesivo interés, para ser luego atrapado por ellas. Otros libros, en fin, exhibirían aquí unas cuantas páginas, pero ya la inscripción está cerrada.

CODA

Llegué tarde, pero llegué, a *Líneas de la mano*, el programa que hace Ana Cristina Restrepo (martes, 8:30 p. m.) en la Cámara de Comercio. Un oasis de media hora, no solo por la calidad de los invitados (mis respetos, Paula), sino por la finura de espíritu —no encuentro mejor expresión— con que conduce ella su espacio. Coincide ahora en horario con el *Yo me llamo* de la tele. Electrízate, lector, por una buena causa.

CODA 2

En este punto y hora, una entrevista radial (sept. 29) me hace acordar de Miguel Torres; a quien ofrezco disculpas por haber olvidado *El incendio de abril* en mi lista de novelas. Fue sin querer. ☺

LANZAMIENTO DEL LIBRO

6:30 p. m.
Jueves 5 de diciembre 2019
EN LA CAPILLA DEL CLAUSTRO COMFAMA



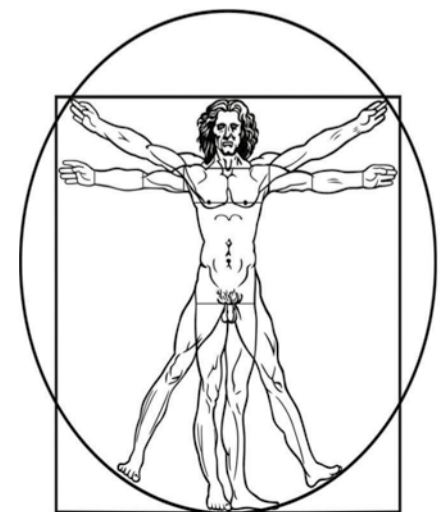
www.comfama.com

Piel de Conejo

de David Eufrasio Guzmán
presenta Pascual Gaviria



CLAUSTRO COMFAMA



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com

Huelga de ángeles

CIRO MENDÍA

A Adán Arriaga Andrade y Otto Morales Benítez, hábiles buzos de las innumerables lagunas del C.S. de T.

San José se llevó al cielo su taller de mala muerte, y en el cielo se divierte con muebles de mediopelo. Sus taburetes de yelo y sus poltronas de nieve los fabrica en tiempo breve mientras ángeles de menta le exigen pague la cuenta de salarios que les debe.

Los líderes celestiales presentaron ya —bribones— un pliego de peticiones, de peticiones verbales. Piden alza de jornales y campo de balompié, billar y salón de té, salacunas y piscina y hay que verle la mohína al industrial San José.

Alega entre serio y bravo que la madera ha subido, que en los clavos que ha pedido, esta vez no dio en el clavo. Que no produce un ochavo aquella ebanistería de la que nadie se fía y nunca se ve que avance, y les presenta el balance de JeJoMa y Compañía.

Los obreros y aprendices fortifican su reclamo y notifican al amo que en huelga están felices. San José sus cicatrices contempla en su mano larga y con voz dulce y amarga les suplica en tono bajo que regresen al trabajo... y ellos gritan: ¡A la carga!

Sindicatos del Diamante, de la Luz y del Perfume, apoyarán —se presume— el movimiento gigante. Se organiza en un instante un mitin casi siniestro, e insinúan el secuestro del Hijo multimillonario... De piedras cae un rosario en el taller. Padre nuestro...

Intervienen San Clemente Y Lenin y San Mateo, Marx, Stalin, San Tadeo, Bakunin y San Vicente. —Es un burgués indecente, gruñe Karl. San José calla. Y en las calles la metralla a su música se apresta, y se oye allá la protesta de la celeste canalla.

San José lleno de espanto, Suavemente y manso dijo: —Por la salud de mi Hijo Me entrego con gorra y manto. Aquí les dejo mi llanto y mi afán y mi sofoco, el Pasivo, que no es poco, el good-will, que es mi pobreza, y este dolor de cabeza que me está volviendo loco...

Los ángeles —con matracas— se tomaron el taller, San José se fue a leer sus novelas policíacas. Y en su rancho de albahacas pasa sus días frutales, sin conflictos laborales, sin cepillo y sin garlopa, gustando la eterna sopa que le da María Puñales.

Asesinado en la calle

ROQUE DALTON

Desde tu corazón allanado por el plomo no me darás la mano?

Desde tus ojos sordos donde ya no cabe la luna no me darás la mano?

Desde tu derrumbada piel no me darás la mano?

Desde tus venas asombradas por desembocar en el aire no me darás la mano?

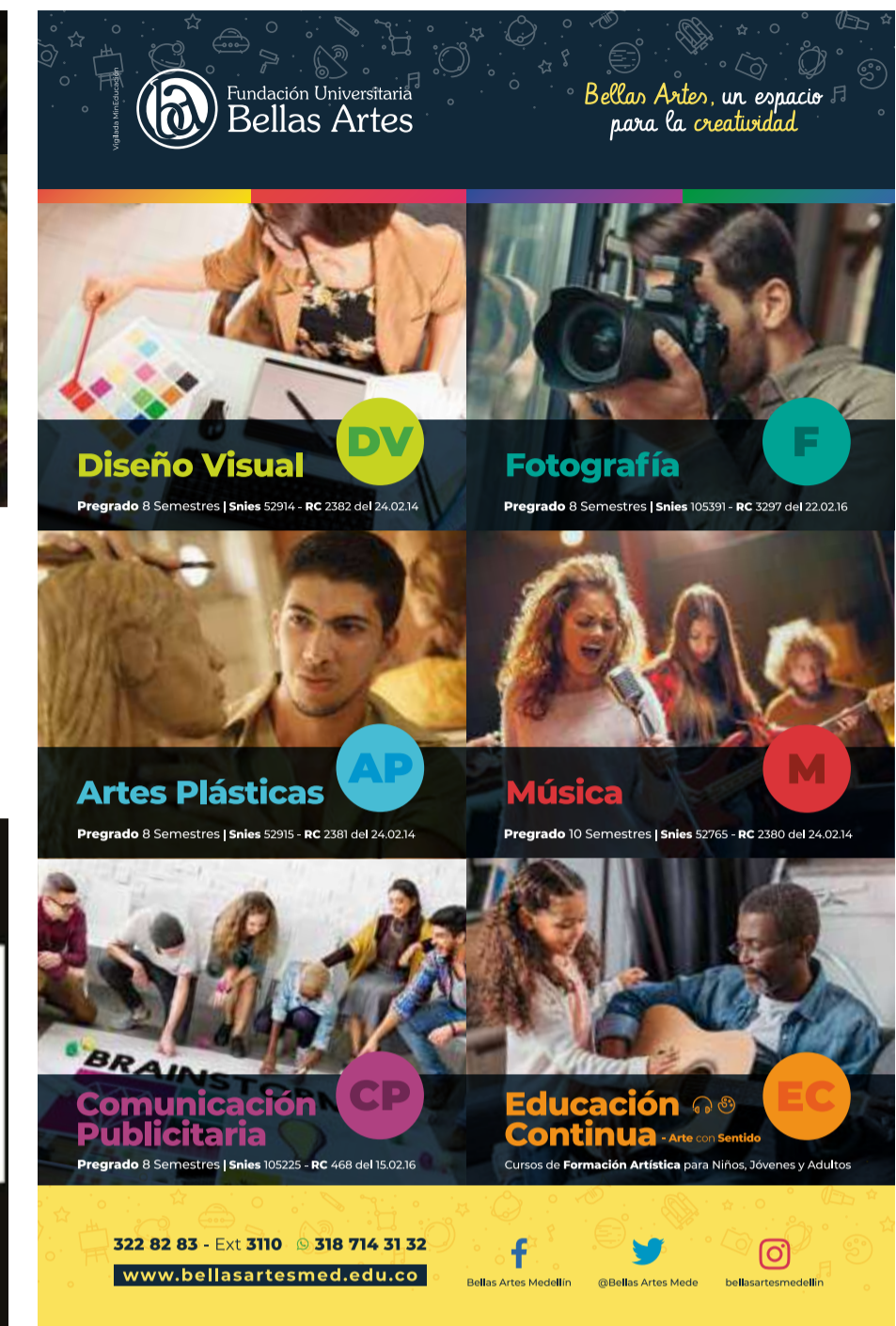
Desde la última palabra que pronunciaste —Carmen!— no me darás la mano?

En la horrisona calle amotinada tu inmóvil muerte es la estatua de nuestra furia...



Boston Bar Café
Cra 42 con Cll 54 • Caracas con Córdoba
Atendido por John Jaramillo, su propietario

Bebidas y comidas



Fundación Universitaria **Bellas Artes**
Bellas Artes, un espacio para la creatividad

Diseño Visual **DV**
Pregrado 8 Semestres | Sales 52916 - RC 2382 del 24.02.14

Fotografía **F**
Pregrado 8 Semestres | Sales 105391 - RC 3297 del 22.02.16

Artes Plásticas **AP**
Pregrado 8 Semestres | Sales 52915 - RC 2381 del 24.02.14

Música **M**
Pregrado 10 Semestres | Sales 52769 - RC 2380 del 24.02.14

Comunicación Publicitaria **CP**
Pregrado 8 Semestres | Sales 105225 - RC 468 del 15.02.16

Educación Continua **EC**
Cursos de Formación Artística para Niños, Jóvenes y Adultos

322 82 83 - Ext 3110 | 318 714 31 32
www.bellasartesmed.edu.co



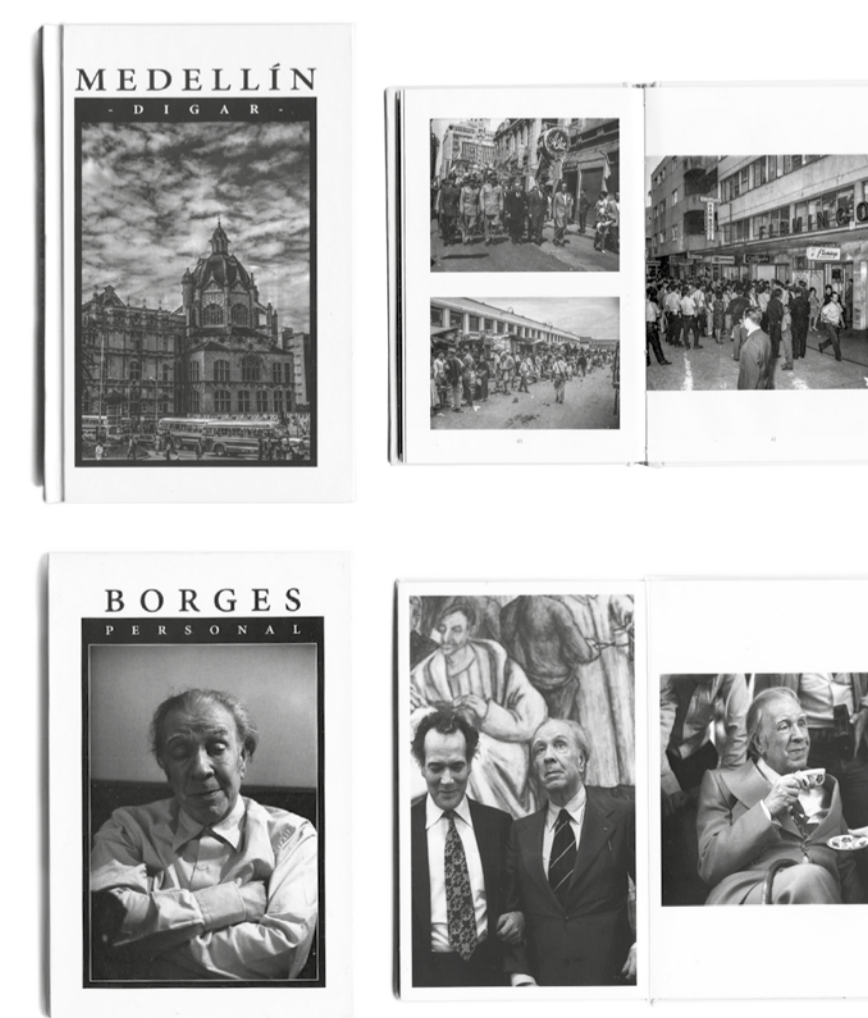
Piensa hacia donde diriges tu estrategia...

cohete.net

#diseñopaginasweb #solucionesalamedida #apps #marketingdigital

COLECCIÓN VISUAL ELOGIO DE LA SOMBRA

Puerta abierta al Archivo Fotográfico de Medellín



Encuentre esta colección y otros títulos del Fondo Editorial UNAULA en librerías nacionales

Próximos títulos de la colección:
Comala en bicicleta, fotografías de Horacio Gil Ochoa
Retratos de Guayaquil, fotografías de León Ruiz



Gabriela Pinilla
Religiosas
De la serie: ¡Oye tú, guerrillera!
Acrílico sobre papel
2014

Leer un libro escrito detrás de la mirilla de un francotirador de las Farc es un reto. Miradas más allá de la verdad de las comisiones. Relatos para la curiosidad o el rencor. El segundo capítulo del libro *X: El francotirador rebelde*, escrito por el periodista español José Fajardo, es una pequeña autobiografía de un joven de veintitrés años, con unos semestres de ingeniería de sistemas en Villavicencio y una militancia que llegó con la cédula. Gatillo de un francotirador.

El francotirador de las Farc

por JOSÉ FAJARDO

Fotografías: Camilo Rozo

Miss Pavlichenko's well known to fame; Russia's your country, fighting is your game; The whole world will love her for a long time to come; For more than three hundred nazis fell by your gun. Woody Guthrie, Miss Pavlichenko

Es el 28 de septiembre. A la luz del día. Los monstruos han tomado la ciudad. De alguna manera... Aún sigo viva Jill Valentine, en Resident Evil 3: Nemesis

No es agradable disparar a una persona. Si hay alguien que dice lo contrario, solo hay dos opciones: o miente o nunca lo ha hecho. La tercera posibilidad es que esté loco.

Mi diario de vida como francotirador de la guerrilla de las Farc consistía en salir al terreno para una misión, hacer inteligencia, acercarme al enemigo para observar qué hacía y dónde estaba. Y, de vez en cuando, disparar.

Es muy feo estar vigilando a un ser humano para después emprender una acción contra él. Es más fácil un combate alocado, porque entonces no se

ve ni a quién se le dispara. Pero cuando se está detrás de alguien, mirándolo bañar, comer, reír... Y así cada segundo durante varios días, entonces tener que disparar es muy duro.

Todavía siento escalofríos. Lo peor es avanzar en una operación a la luz del día. En cualquier momento aparece el enemigo. Hay que andar por la jungla muy despacio. Cada paso es un peligro: hay hojas que crujen, ramas secas, los animales se asustan.

Cuando apuntaba a un objetivo trataba de no pensar en nada, dejar la mente en blanco. Como si fuera una diana. Como si fuera un juego. Siempre me repetía: es una diana, es una diana. Algo en el fondo me decía: no, es un ser humano. Y entonces yo respondía: pero es malo. Y jalaba el gatillo. Es malo. También pensaba en acertar para que no sufriera.

Esto que voy a contar es bastante fuerte. Cuando uno apunta a un objetivo vivo trata de dirigir el primer disparo a los puntos vitales: el corazón, el cerebro. Pero no puedes apuntar siempre a la cabeza porque no son buenos tiros, ahí siempre fallas. El buen tirador sabe que hay una línea en el cuerpo del

objetivo, alrededor del centro del torso, que es apropiada.

Nunca he dudado al jalar el gatillo. Cuando tuve que hacerlo, no dudé. Esa es la verdad.

Llegué a las Farc a finales de 2012 a la zona del Guaviare, en el suroriente de Colombia. Tenía veintitrés años. Hacía unos meses nuestros comandantes habían empezado los diálogos de paz en La Habana con el gobierno de Juan Manuel Santos, pero los enfrentamientos con el Ejército y los paramilitares seguían siendo muy duros.

Durante mi tiempo allá nos estuvimos desplazando a pie por los departamentos del Guaviare, el Meta y el Caquetá.

La caminata es fea porque el terreno es abrupto: toca atravesar junglas, cruzar ríos, avanzar por el barro y subir laderas. Y todo eso cargando con más de treinta kilos a la espalda.

Hay algunas zonas que son terriblemente selváticas, especialmente en los márgenes de los ríos. Lejos del agua hay praderas y terrenos más amplios y despejados para el pastoreo.

¿Qué recuerdo del primer día? Que me recibió una chica. Estaba esperando

ver gente con armas, como en una película. Vino una muchacha en una canoa. Era bonita, me pareció cordial. Así fue como empezó todo.

Lo primero que le dicen allá a uno es que va a estar unos días con una comisión que está fuera del campamento guerrillero. Después usted tiene que ir al curso básico de combate, que se divide en dos partes.

Una es militar, con el orden cerrado: marchar, desfilar y hacer figuras con armas, como prestar la guardia; y el orden abierto, que son tácticas de combate, cortinas, desplazamientos, emboscadas...

Y la otra es política. Son los principios del Partido Comunista en la clandestinidad: qué es, el porqué de las cosas, por qué hay que luchar, sus ideales... Hay muchos libros a escoger, allá lo ponen a leer a uno.

Casi sin darme cuenta, un día ya me había graduado.

Yo pertenecía al movimiento desde los dieciocho, mucho antes de ingresar oficialmente. En esa primera temporada estuve dos años. Había épocas que me llevaban con ellos y me iban enseñando cosas. Vas a la selva y a las

montañas a sus campamentos, y luego te vuelves a casa.

La segunda vez me demoré cuatro años. Mi hermana pensaba que estaba muerto porque no pude hablar con la familia en todo ese tiempo. En esa época si llamabas por el celular te costaba la vida. Si te conectabas a cualquier aparato con una señal donde te pudieran localizar y te descubrían, hasta le podían fusilar a uno. Sentía que me estaban vigilando. Me daba terror porque siempre alguien se iba a enterar y te podías meter en problemas.

Cuando entré a la guerrilla avisé a una persona de confianza que vivía fuera, en la ciudad: si llegan a pasar tantos días y no aparezo, dígame a mi familia que es por esta razón. Cumplió al pie de la letra, era un amigo mío. Habló con mis padres y con mis hermanos. Somos ocho contándome a mí: cinco hombres y tres mujeres. Yo soy el penúltimo.

Fue duro para ellos, sé que fue duro.

Al entrar en la guerrilla pensaba que mi aporte iba a ser intelectual. Mi perfil era distinto a la mayoría: completé varios semestres de Ingeniería de Sistemas en Villavicencio. Haber estudiado en la universidad es algo muy raro allá, una excepción. Y era urbano, como ellos dicen, porque venía de la ciudad. Pensaba que me iban a usar para las doctrinas políticas.

Pero no fue así. En la guerrilla hay muchas cosas que le sorprenden a uno. Pienso que vas a aportar por un lado y resulta que tienes una habilidad desconocida.

Ya había disparado antes, pero realmente no sabía que tenía tanta puntería. Solo había usado pistolas y escopetas contra objetivos sin vida para aprender.

Cuando empecé a usar armas lo primero que me preocupó fueron los dolores de hombro. Mierda, esas máquinas pesan mucho.

Cuando terminas el curso básico hay que hacer unos polígonos. Me fue bien, fui el mejor de muchos. No fallaba ni un tiro.

Comienzas disparando armas cortas. Después de la pistola pasas al fusil y, dependiendo del puntaje, van seleccionando a los mejores.

Tras acabar la formación, ellos se dan cuenta de que tienes aptitudes. La mayoría de la gente salió a descansar y a mí me metieron en otro curso de tiradores, solo para especialistas. Fue interesante porque hacía cosas distintas a los demás.

Mi puntería llegó a aterrizar a algunos compañeros al principio.

“Esto no es normal. ¿Y usted dónde ha practicado, cómo es que es tan preciso?”, me decían.

Si no hubiera entrado a través de un contacto con un alto mando guerrillero, yo creo que me hubieran fusilado ese mismo día. Pensaban que era un infiltrado.

No sé, realmente fue algo sorprendente. Las personas que nunca han disparado ese tipo de fusiles de largo alcance casi siempre fallan. Les ponen el objetivo, un dibujo en cartón, y le dan a la tierra. Los que aciertan lo hacen a distancias cortas.

Yo disparé y acerté. Y, después, seguí disparando más lejos y más lejos y siempre acertaba. Me parecía fácil.

“¿Y cómo lo hace?”, insistían.
“Pues no sé, apunto y disparo. Y ya. La verdad, no sé, no sé por qué es”.

Un buen tirador no es fuerte, es sutil. La gente lo que suele hacer al momento de disparar es apretar muy duro el gatillo. La mayoría de los hombres en las Farc son musculosos por el esfuerzo físico que uno hace al ser guerrillero. Cuando jalan el gatillo, lo hacen sin cuidado y terminan no acertando.

Una persona que me entrenó decía que yo tenía buena puntería por eso, por la sutileza. De pronto es porque soy una persona delgada y jaló el gatillo con

suavidad. Me concentro en la respiración. Me decían: “Haga esto”. Y lo hacía, no me parecía difícil. Pienso que es por eso, por mis condiciones físicas.

Lo otro es la visión, tengo buena visión. Nunca me puse nervioso.

Una de las mejores tiradoras de la historia es una mujer: Liudmila Pavlichenko. Mató a más de treientos nazis en la Segunda Guerra Mundial. Ella combatió a Hitler junto a las tropas soviéticas. La llamaban la Dama de la Muerte.

Yo también he luchado contra la injusticia y la desigualdad.

Cuando uno está en la guerra sueña con un país donde no sea necesaria la violencia para cambiar las cosas. En Colombia, si usted quiere transformar el sistema desde la legalidad, lo más probable es que acabe muerto. El ejemplo es que hay muchos políticos a los que han asesinado en este país de mierda, tan violento. Hasta candidatas a presidente los han matado. Y no ocurrió nada.

Entonces le toca a uno coger un arma y luchar para construir otra sociedad.

Me gusta pensar que somos parecidos, Liudmila y yo.

En esos días, cuando ingresé, las Farc eran muy combativas. No se pensaba mucho en política, había que estar atentos a la guerra.

En mi frente había un francotirador veterano cuando llegué, era un señor ya de edad, a sus cuarenta y muchos llevaba veinticinco años en las Farc. Tenía un pupilo al que le tenían como tirador. Era un pelao muy joven y un día lo mataron, cuando yo estaba recién llegado.

Poco después el viejo se desmovilizó y ocurrió algo muy chistoso. Él cargaba un Remington que había robado a un soldado al que mató, un francotirador enemigo. Antes de volarse dejó el rifle en mi caleta. Yo no lo quería, esa arma cargaba con muertos, estaba maldita porque al que la portaba se la quitaron. Entonces mi superior me dijo: “¿Pero cómo así? Ahorita es suya y prepárese porque va a tener su primera misión”.

Ahí arrancó mi historia como francotirador.

En las misiones siempre iba con el mismo muchacho: el observador, quien ayuda al tirador a calcular la distancia que hay hasta el objetivo, las condiciones meteorológicas, el estado del terreno; todos esos factores que determinan si un disparo es un éxito o un fracaso.

Ese chico murió en combate cuando apenas estaba en sus dieciocho años. No fue en las salidas que hizo conmigo, sino otra vez que lo mandaron a hacer una inspección. Allá uno estaba muy sujeto a los rangos superiores. Llegaba alguien y le decía: “Necesito una persona, vaya usted”. Los que tenían poder, ni preguntaban. A él lo mandaron a una cosa y lo pelaron. Ya no lo vi nunca más.

Mi primera misión fue al terminar 2013. A partir de ahí, no paré: estuve dos años participando en combates. A finales de 2015 cesaron los bombardeos del Ejército sobre nuestros campamentos y la guerra se volvió otra cosa, empezamos a sentir la paz.

De ser nadie cuando entré, en apenas un año ya estaba en mi primera misión como francotirador. No me lo creía.

Otros compañeros me habían contado que los combates abiertos donde hay mucha gente son peligrosos. Algunas veces te hieren los mismos guerrilleros, gente que se queda atrás y dispara con miedo.

Hay cosas que te favorecen. Allá llegué sabiendo un poco de tecnología, entonces se me hacía fácil mirar el terreno, usar GPS, leer un mapa, orientarme, dibujar, hacer maquetas... Todo influye cuando estás en una situación de enfrentamiento con enemigos reales.

Es una locura. Yo casi recién llegado me estrenaron por allá en un combate en el Guaviare. Fue pesado. Había



soldados de los más experimentados acá en Colombia. Y había hartos.

Fue muy duro: gente corriendo por todos lados, mucha bala. Pero salimos bien de eso.

Las Farc han tenido francotiradores en todas las regiones del país. En cada frente hay un equipo de especialistas. Por ejemplo, están los de comunicaciones, el que maneja los explosivos, los médicos y nosotros, los tiradores.

La experiencia decide si eres bueno. Hay gente que destaca en los ejercicios, pero luego en el combate real se paraliza. No es lo mismo disparar a una cartulina con una cara dibujada que pegarle un tiro a una persona. La persona que tenga alma guerrera lo hará sin dudar. Quien tenga escrúpulos y una mente sana no va a disparar.

Es la práctica la que hace al maestro.

Todos los frentes tienen tiradores, al menos cuatro o seis. Pero un francotirador es alguien que tira a distancia y no falla. Usted está en esta parte del río y le dicen: “Vaya y péguele al enemigo, al otro lado del cauce”. Toca acertar sin pensarlo. Gente como esa había poquitos.

He conocido tiradores que se quedaron mochos, otros tenían ataques de pánico, algunos murieron siendo unos pelaos. También hubo quien desertó.

¿Dónde va a haber francotiradores? En un terreno muy quebrado o una zona con cordilleras. De una montaña a otra disparas. ¡Pum! Y adiós al enemigo.

En Colombia hay regiones propicias por la geografía. Por ejemplo, en el Catatumbo hay compañeros que han estado años dando plomo. Allá siempre va a haber tiradores.

Algunos frentes le permiten a uno entrenar tranquilo, porque el enemigo allá no se mete. En otros no pueden darse ese lujo: si está el Ejército patrullando a todas horas no vas a estar disparando porque se darán cuenta.

La gente tiene el concepto erróneo de que la guerra es solo dar plomo. Las películas sobre francotiradores son todas una mentira.

El tirador no es solo alguien que dispara desde largas distancias tras permanecer horas escondido. Lo que de verdad uno hace es tomar fotos y videos, observar al enemigo. Ese es el primer error de los guiones de Hollywood: la misión no consiste en matar, sino en hacer espionaje; es más bien una estrategia defensiva y de inteligencia.

Los francotiradores somos artilleros graduados, sabemos cómo funciona una ametralladora, un mortero, un lanzacohetes... Hay que conocer antes la artillería para destruirla. Con un solo disparo puedes debilitar al enemigo. Hacer daño sin arriesgar es la estrategia más económica y eso es esencial para la guerrilla.

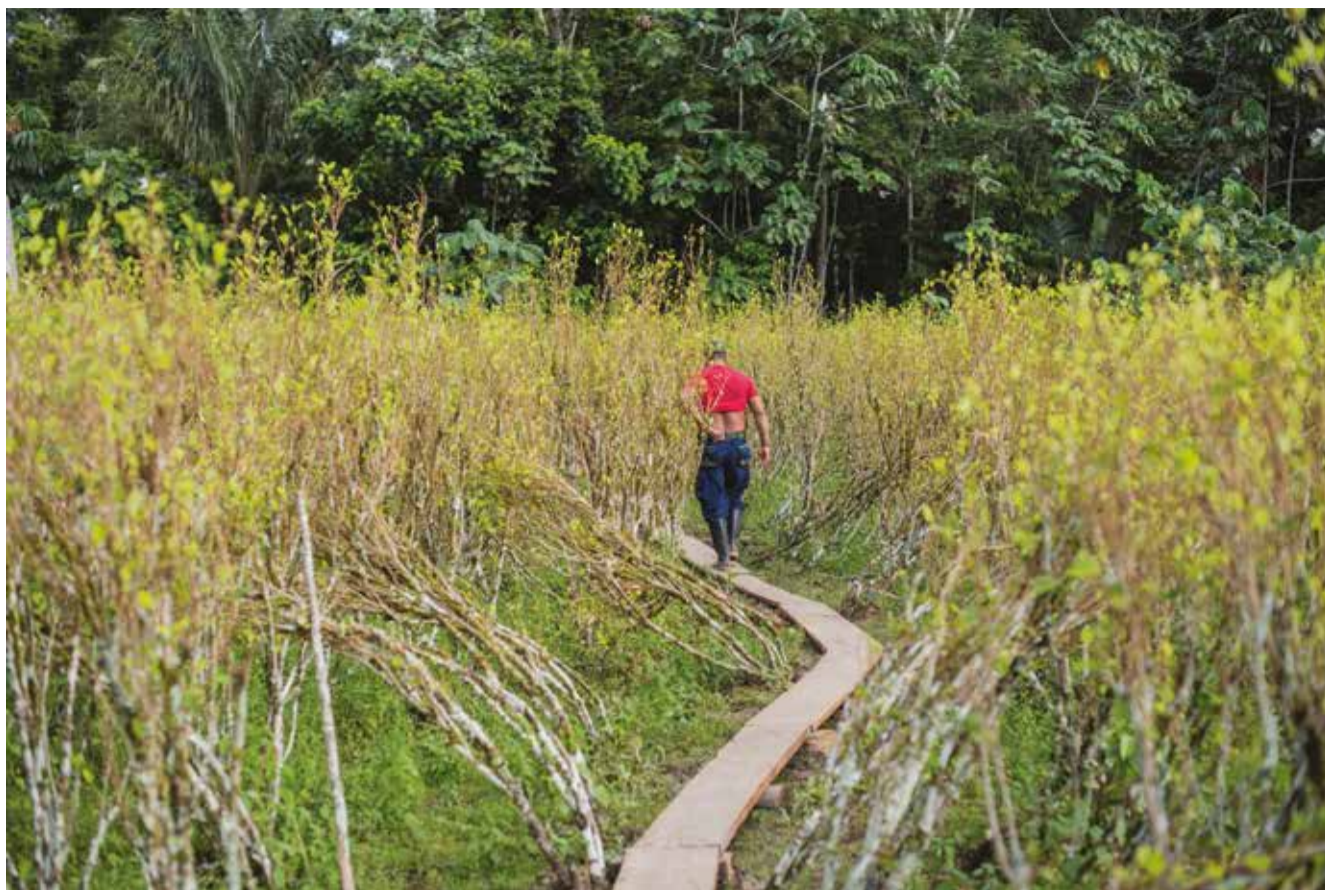
Imagina un combate en el que te están atacando con una ametralladora. Si eres lo suficientemente bueno, apuntas al que la controla y lo neutralizas. Y ya está, se acabó.

Cualquier persona que se mantenga en este cuento de la guerra sabe que no debe dar papaya, como decimos aquí en Colombia cuando alguien llama la atención. Para eso está la cartografía: dónde usted se puede colocar y dónde no. Hay que conocer bien el área. Quien se quiera meter en tu zona se la lleva, porque allá usted observando listo para actuar.

Por ejemplo, hay un pueblo al lado de una montaña y el enemigo entra desprecupadamente. Hombre, usted tiene que saber que ahí hay francotiradores. No vaya al pueblo.

O igual sucede en una población junto a un puerto, al lado del río. El tirador desde el otro lado del cauce le pega un tiro y ya. Y qué va a hacer el enemigo, ni siquiera sabe de qué parte le han disparado porque el río con su misma corriente se lleva el sonido.





A veces siente uno que se enfrenta con gente un poco pendeja.

Pero también me he encontrado con enemigos temibles. Un tirador casi me mata. Estaba avanzando por una llanura y un disparo me pasó rozando la cabeza. Todavía tengo la marca, por ahí no crece más el pelo. Calculo que por el sonido del tiro y lo que tardó en impactarme debía estar escondido a más de un kilómetro. Era muy bueno, pero no me mató.

A mí me enseñaron que la misión del tirador es quebrantar al enemigo mentalmente. En esa guerra psicológica me gustaba disparar a los cascos de los soldados cuando los dejaban en el suelo para descansar. Así sabían que los estaban observando.

Muchas veces uno quería que el enemigo solamente retrocediera de la zona, que no molestara. Entonces, cuando ellos daban papaya, había momentos para eso. Recuerdo una vez que nos enviaron a una misión contra el Ejército. "Maten a uno y devuélvanse". Esa fue la orden: péguenles una buena asustada y, cuando logren una baja, se regresan al campamento.

En este tipo de operaciones lo más normal es que vayan dos. Yo era el tirador y otro me acompañaba como observador para vigilar mientras apuntaba. Es importante ir en parejas, porque uno se puede pasar horas seguidas mirando a través de la mirilla el mismo punto, sin saber lo que sucede alrededor. El compañero te avisa si identifica cualquier peligro.

Llegamos a un sitio y los descubrimos. Eran varios soldados, estaban cerca de una casa abandonada. Ellos se sentaron a descansar un rato y tomar agua. Uno puso su casco en la esquina de un piso entablado. En esos momentos pensé: la idea es sacarlos corriendo, si disparo y le pego en el casco no voy a herir a nadie, se van a llenar de miedo y van a retroceder. Desde donde estábamos observando hasta el objetivo había seiscientos metros. Disparé y acerté, le di al casco. Los tipos se fueron.

Casi me cuesta la vida. Cuando volví con mi superior, había incumplido una orden y eso en la guerrilla es complicado. En esos días el consejo de guerra era bastante común. Si al comandante no le gusta lo que uno ha hecho, se organiza un juicio y hasta te pueden fusilar. Las razones son muchas: porque crean que uno es un sapo del gobierno o de los paras, porque haya traicionado los ideales de las Farc, porque haya puesto en peligro a sus compañeros, por cualquier cosa. Yo casi me lo gano. Lo único que me salvó es que mi acción fue efectiva: los tipos retrocedieron,

cambiaron el curso que tenían, trazaron otra ruta y desaparecieron.

Algunos soldados tampoco querían matarnos. Ellos están en el Ejército colombiano es por el sueldo, no tienen por qué ser malos. Están ahí porque no saben hacer otra cosa en la vida. Ellos y la guerrilla proceden del mismo sitio, somos hermanos. Comparten un origen humilde, se alistan solo por la plata, no han tenido otra oportunidad en la vida. Claro que estaría dispuesto a hablar con un soldado ahora, incluso podríamos llegar a ser amigos, ¿por qué no?

Los paramilitares son gente distinta. Pican a las personas en pedacitos. Uno no se va a sentir igual a la hora de disparar y dar de baja a uno o a otro. No es lo mismo. Va a pesar menos la muerte del paramilitar que la de un soldado. Uno siente al matarlos que hace algo bueno, ¿sí entiende? Por lo malos que son, porque son repulsivos...

En las zonas donde nos movimos había paramilitares. No pasaban de ciertos puntos porque allí hay partes que son muy abiertas y quedaban muy expuestos. Ese terreno la guerrilla lo conoce muy bien.

Contra los paramilitares disparé varias veces. Tuvieron bajas y no me importó. No siento un peso porque son gente horrible, por así decirlo, gente despreciable. Están ahí es porque quieren matar, comer del muerto, cometen masacres, violaciones.... Entonces no siento una mucha tristeza por haberlos detenido, por haber agudado sus planes.

Recuerdo una acción muy peligrosa. Había seis de ellos, disparé y acerté a uno, el tiro fue limpio. No sentí nada, si acaso me puse contento. Como si hubiera disparado a un animal. No, es mentira. El animal me hubiera dado pena: al menos ellos no saben lo que hacen, actúan por instintos, pero tienen sentimientos nobles. El ser humano es más cruel que las bestias, porque tiene sentido de la razón y no lo usa. Ellas matan es por necesidad, el hombre lo hace hasta por placer.

Días después la cabeza me decía: "Mierda, por muy malo que fuera, era un ser humano".

Llegué a pensar que la guerra era como jugar videojuegos. No es lo mismo disparar a un muñeco de plastilina que a alguien que fuma un cigarrillo. Los videojuegos me gustan, pero no solo los de disparar, sino los que hay un enredo y tienes que resolver un problema. Mis preferidos son los de acción, de estrategia y de terror: Duke Nukem,

Doom, Metal Gear Solid, Syphon Filter, Silent Hill... Incluso algunos infantiles, disfruto jugando con mis sobrinos. Pero nada de fantasía ni esas cosas como Final Fantasy.

Resident Evil 3: Nemesis es mi favorito. Es interesante esa mezcla de terror y supervivencia. Jugaba mucho cuando era adolescente. Después, en la guerra, para pasar el rato me imaginaba que las selvas de Colombia eran Raccoon City. Yo era como el personaje de Jill Valentine, pero mi misión no era matar zombis, sino seres humanos. Esa es la verdad.

Cuando eres francotirador tienes mucho tiempo libre. Estás solo en la naturaleza. La imaginación es buena. En el juego para PlayStation, la corporación Umbrella tiene armas como el lanzallamas, el Linear Launcher Anti-BOW y el lanzaminas.

En la guerrilla no había esas armas, claro, pero usé muchísimas otras. Allí la moda es la AK-47, un fusil de asalto. En una emboscada sales corriendo y lo puedes meter por el barro, le puede entrar agua y aun así sigue disparando. Resiste los caños y los charcos sin trabarse, no se desajusta. Es un arma hecha para la guerra.

Si hay dos fusileros disparando con AK-47 suena como si hubiera dos ametralladoras por la potencia de fuego, por eso le tienen terror. Además, es muy liviano. Si le pones una mira telescópica y un alza ajustable, también sirve como francotirador.

En mi caso cambiaba mucho de armas, pero mi favorita era el fusil suizo SIG SG 550, un arma muy coqueta. Es precisa, fácil de limpiar y mantener. Pesa unos tres kilos. Resulta muy útil porque la puedes configurar para distintas funciones, ya sea como francotirador o como una semiametralladora. Escupe balas que da miedo.

La gente dice que son frágiles y muy largas, la de francotirador mide un poco más de un metro. Yo las he usado y sé que son buenas. Si alguien quiere luchar en las selvas colombianas, las recomendaría.

Además de las AK y el SIG, en combate hice dos tiros con Remington, armas americanas muy precisas, ideales para un francotirador. Pero no creo que sean adecuadas para el conflicto en Colombia, son hermosas pero delicadas y lentas. En la selva no es útil cuando tienes que disparar rápido y moverte en un entorno hostil. Son más apropiadas para ciudades en las que hay tiempo para disparar, como en las películas, cuando el francotirador está escondido en un campanario.

En las prácticas de tiro también usé el fusil M40, el de los francotiradores de

los marines en Estados Unidos. Y el IMI Tavor israelí, el fusil de comando de las fuerzas especiales; es una preciosura. Sin embargo, tengo un mal recuerdo. Usé uno en una pelea que hicimos y se trabó: me metí por el agua, se metió una hojita, porque en esos charcos y lagunas siempre hay hojas, y ya no pude disparar.

Uno ha tenido malas experiencias. El arma es el único aliado con el que cuentas en algunas situaciones. Si no responde, quizá no vivas para contarlo.

En un combate real todo cambia. Para acertar a un objetivo a más de un kilómetro depende mucho del terreno y de las horas a las que se utilice el arma. Lo óptimo es con la luz del mediodía, si el enemigo está de frente a campo abierto, dando toda la figura. Es más difícil al atardecer o al amanecer, si está en una ladera o entre árboles o hay nubes. En la geografía de Colombia hay mucha bruma que dificulta los disparos.

Los fusiles que robábamos eran el M16 o el Galil, el fusil de infantería del Ejército. Es de origen israelí, pero también se fabrica acá en Colombia. El Galil lo tuve en mis manos y no me gusta, se oxida mucho y hay que estar limpiándolo casi todos los días. Se desajusta muy fácil: lo configuras para disparar y si se da un golpe o se te cae hay que volver a calibrarlo. Sucede lo mismo con los M16, unos fusiles americanos. En una situación de combate con la guerrilla, uno tiene que correr, cae al piso. Necesitas un arma que te dé confianza si te encuentras con el enemigo de frente.

El favorito de las tiradoras en la guerrilla es el AR-15, uno de los fusiles de asalto más vendidos en Estados Unidos, similar al M16. Esos sí son geniales porque no se traban tanto, técnicamente son mejores. Permiten todas las variantes del calibre 5,56 mm, deja quemar cualquier tipo de balas: explosivas, trazadoras... Esas mierdas son bien resistentes.

A las mujeres les gustan porque son livianos y precisos. Conocí a una muchacha en las Farc que usaba AR-15 y disparaba como un demonio. Tenía que verla usted, tan bonita y tan guerrera. Ella tenía un refrán: "Que no le coma el tigre". Fue una premonición porque en una emboscada del Ejército fue ella quien me ayudó a escapar cuando me hirieron.

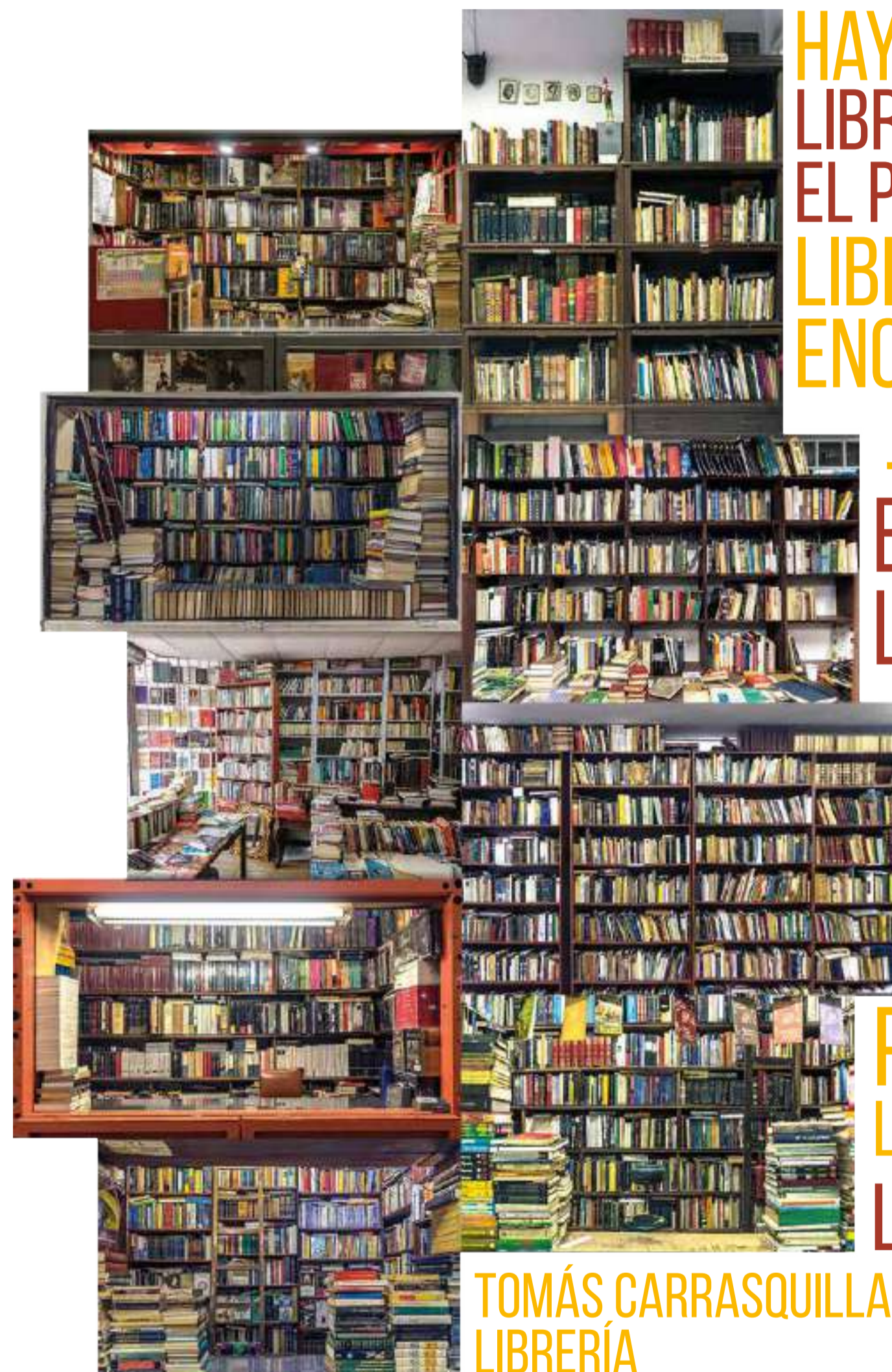
Al recordar todo lo que hecho tengo una sensación rara. Soy un hombre entre los hombres: he luchado contra los que se dicen más fuertes de Colombia y les gané varias veces.

¿Será por eso que tengo pesadillas, oigo voces y no puedo dormir? Querer cambiar el mundo es un problema. A veces pienso que el problema soy yo. ☺



X: El francotirador rebelde
José Fajardo
Editorial: Tusquets
2019

Los libros leídos buscan su hogar



HAYLIBROS.COM

LIBRERÍA

EL PEREGRINO

LIBRERÍA

ENCUENTRO

JURÍDICO

BUCARICA

LIBRERÍA

LA OBRA

LIBRERIA

M Y H LIBROS

PALINURO

LIBROS LEÍDOS

LOS LIBROS

DE JUAN

TOMÁS CARRASQUILLA
LIBRERÍA

9 librerías de todo el país que se unen para ponernos al alcance más de 150 mil títulos de libros leídos a solo un mensaje de WhatsApp: 3142550355

Rodrigo D: tres obituarios y un aviso clasificado

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO

Por estos días, hace 33 años, o sea entre el 26 de octubre y el 30 de diciembre de 1986, se estaba rodando *Rodrigo D*. Allí, en un tiempo muerto de la filmación de la única secuencia que reuniría a todos los actores principales de la película, hecha en El Temprano, aquella finca abandonada a la que le sobrevivían escasos muros en pie y una piscina mohosa, y a la que los muchachos iban, entre otras cosas, a “brincar”, es decir, a simular peleas con arma blanca, fue tomada la instantánea que acompaña este texto. En ella, de izquierda a derecha, están: Jeyson Idrían Gallego, alias el Trapia, Francisco Marín, alias Francis, Carlos Mario Restrepo, alias Rata Mona, y Wilson Blandón, alias el Alacrán, el primero, el tercero y el cuarto, junto a Ramiro Meneses, protagonistas de dicha ópera prima cinematográfica. Aunque la foto aparece en pantalla en tres documentales, en *Mirar al muerto, por favor, Cuando llega la muerte, y Yo te tumbó, tú me tumbas*, Víctor Gaviria no recuerda a ciencia cierta quién la tomó ni sabe quién la tiene. Lo curioso es que esa instantánea, como se relatará a continuación, predijo el orden cronológico en el que esos tres protagonistas serían asesinados en la vida real.

El Trapia

Nacido en 1970, era el más joven del elenco, desde los cinco años conocido por Ramiro Meneses, “Jeyson era como uno de mis hermanitos”, y es que las madres de ambos eran amigas de larga data y socias en una venta de empanadas. En el libro *Víctor Gaviria, los márgenes al centro*, Ramiro cuenta que, hasta los cabalísticos trece años, Jeyson “era un pelmazo con tendencias homosexuales, un muchachito al que todas las personas le decían: ‘Haga esto y lo otro’, hasta que explotó un día y decidió que no”. El punto de inflexión que marcaría esa explosión negativa, tendría nombre propio, el Conejo, “la única persona mala, mala, mala en *Rodrigo D*”, con el que Jeyson haría buenas migas. El Conejo, un figurante que solo estaría en pantalla 49 segundos para narrar cómo su hermanito volvió de la muerte después de que le cayera un ladrillo en la cabeza, fue el que, según el libro *El peláito que no duró nada*, le puso a Jeyson el alias de Trapia, cuando corría 1983 y Jeyson se había convertido en un soyado, en un fanático del rock vieja guardia y de la marihuana y se había dejado crecer el pelo como si fuera una trapiadora. Ese mismo año aprendería a manejar moto y a armarles y desarmarles el motor. Además, finalizando esa vuelta al sol, lo



Fotogramas tomados del documental *Mirar al muerto, por favor*, 1988.

amenazarían de muerte por primera vez, obligando a su familia a trastearse de La Salle a Villa Guadalupe. Allí, en el distópico 1984, se haría jibaro y conseguiría su primer fierro, un 38 largo “que le había robado a un man del tránsito en Boston”. Con ese fierro, en 1985, empezaría a robar a diestra y siniestra, “cambió el rock por el robo”, y heriría a Toño, un “man que le tenía la mala” y que no le quiso prestar un inflador. Ese mismo año se enamoraría de Janeth, una vecina casada y con dos hijas que le llevaba cinco abriles de diferencia. Las hijas eran mellizas pero se diferenciaban porque una tenía una oreja enroscada y era la que no quería a Jeyson. Con Janeth el balance sería deficitario, tendría más bajas que altas, tanto que, cada vez que tenía rabia con ella, le daba por quemar billetes: “Prefería que se quemaran a que le sirvieran a Janeth y a las niñas”. En el balance general de ese 1985 también estaría su primer “cascado”, una culebra del Palomo, uno de sus parceros, que vio “botada” por el sector de Probien. Lo mataría desde una moto con su segundo juguete, una Walther P38, de un solo tiro: “Se lo di más certero que un hijueputa”. Por ese chulo encima le tocaría huir del barrio: a través de Ramiro Meneses, que ya vivía allí, Víctor Gaviria le daría posada en su apartamento. Así, impelido por el acoso de sus enemigos, por eso se filmaría al otro lado de la ciudad, en El Diamante, ingresaría a la película. A la que llevaría algunos de sus dichos, el más recordado “qué punk”, sinónimo de “qué chimba”, para denotar lo bien que se está en una ocasión o situación. Y en la que sería asesinado dos veces, desde dos puntos de vista, el de su asesino y el de él. Después del rodaje de la película retornaría al barrio, donde rápidamente sería herido en un cruce por Los Balsos, “la bala le entró por el cuello y le salió por la espalda”, inhabilitándole por un tiempo su brazo diestro, el de disparar. Inhabilitado que no le impediría cometer su segundo asesinato, a alias Pony, quien lo había amenazado de muerte días atrás. Hecho por el que tendría que abrirse de Medellín un mes, una semana en Bogotá y tres en Cúcuta, donde recuperaría por completo la movilidad del brazo. De regreso, restándole ocho meses para morir, cambiaría de parche, comenzaría a trabajar de jibaro en la casa de vicio de la Kika. Allí, se haría adicto al bazuco y le entregaría su segundo aporte lingüístico a la ciudad, al denominar a esa droga, por la taquicardia que produce, “taquis”, y a sus consumidores “caritaquis”, ambas palabras incluídas dieciocho años después en el *Diccionario de parlache*. El 30 de noviembre de 1987, un señor apellidado Arredondo lo contrataría como sicario, para eliminar a alias Lolo, un ladrón del barrio, a cambio de 150 mil pesos. Al cual borraría del mapa el 23 de diciembre, de seis disparos, con un 32 al que llamaban El niño Dios, porque la Kika lo había conseguido el 24 de diciembre de 1986. Con parte del pago, el 6 de enero, se iría diez días de vacaciones para Coveñas, no sin antes, el 30 de diciembre, robar una *boutique* junto al Alacrán. Un mes después, el 22 de febrero, se suicidaría su mejor amigo, Hugo Arley, de un chagonazo en la cabeza. En el velatorio, Jeyson haría abrir el ataúd para tocarle la cara y los pies y preguntarle lo siguiente: “¿Quién será el próximo, parceros?”. La respuesta la daría él mismo mientras enterraban a Hugo Arley en Campos de Paz: “Yo voy a ser el próximo”. Y no se equivocaría: quince días después, el 6 de marzo de 1988, en la cancha de La Salle, de cinco tiros en la cabeza, lo asesinaría un tío del Pony.

Posdata 1: Un día antes de ser asesinado, el sábado 5 de marzo de 1988, en compañía del Alacrán, iría a la productora Tiempos Modernos, donde Víctor Gaviria les anunciaría que serían los protagonistas de su próximo mediotraje, *El paseo*. Posdata 2: Nueve meses después, en diciembre de 1988, Víctor Gaviria le escribiría un kilométrico poema titulado “El mejor de mis actores”, el que busca sin cesar la tumba de Jeyson, quien había sido enterrado a cuatro de distancia de Hugo Arley, y no la encuentra: “Subo hasta el final de la colina y luego bajo haciendo eses / y el nombre Jeyson se ha esfumado”.

Rata Mona

Carlos Mario Restrepo, alias Rata Mona, aparecería a último momento, para reemplazar al actor natural cuyo testimonio le había agregado un nuevo hilo narrativo a la película, el de los pistoleros. Se llamaba John Galvis, le decían Johncito. En uno de los dos detrás de cámaras de esa ópera prima cinematográfica, titulado *Cuando llega la muerte*, lo recuerdan telegráficamente: “Asesinado días antes del rodaje. Actor intangible de la película. Muchos de sus pensamientos y expresiones están en ella”. Lo asesinaron a los diecinueve años, linchado, cuando intentaba robarse una moto en el barrio Santa Gema. En el otro detrás de cámaras, titulado *Mirar al muerto, por favor*, lo recuerdan así: “John Galvis permitió, a través de su confianza, que sus amigos trabajaran con nosotros en la película”. Por eso le había dicho a Víctor Gaviria que si le pasaba algo y no podía actuar, buscara a un amigo suyo para que lo sustituyera, al que le decían Rata Mona, quien había matado a un celador en un asalto y se había escapado para Yarumal, donde trabajaba como obrero de las Empresas Públicas de ese municipio. Por él iría doña Magnolia, su madre, quien, diez años más tarde, haría de progenitora del Zarco en *La vendedora de rosas*. En “Esas son las cosas que te da la vida”, extensa crónica de Juan José Hoyos publicada por *El Tiempo* el 13 de mayo de 1990, o sea un día después del estreno mundial de *Rodrigo D* en Cannes, Víctor Gaviria narra la llegada de Rata Mona: “Llegó en un bus, a la una de la mañana. Yo casi no lo creo: era mono y tenía una cicatriz en la cara. Caminaba como un gato. Parecía de caucho. Era un príncipe. ¡Era igual a John! Hablaba como él. Yo pensé: bueno, él nos lo mandó”. Antes del rodaje de la película, Rata Mona le explicaría a Víctor Gaviria la nueva acepción que había su padido en la Nororiental el antioqueñismo “traído”, que ya no solo era el regalo de navidad, sino también la persona que va a ser asesinada. Y agregaría que él, así como Johncito lo había sido, era un ejemplo de traído. Paralelismo que expresaría entre lágrimas, porque “cada que él hablaba de John, lloraba”. En la película, a los 41 minutos, en El Temprano, en un diálogo con el Alacrán, Rata Mona juntaría ambas acepciones en una línea: “Llega el día de los traídos y a la final uno puede ser el traído, güevón”. A continuación, aunque once minutos antes había dicho en pantalla “a mí no me gusta que me pronostiquen las cosas”, añadiría lo siguiente: “O llega el 31 y uno puede ser el muñeco de año viejo”. Frase que, por poco, pronosticaría su muerte, ya que el 31 de diciembre de 1989 le pegarían un chagonazo en la cara, dejándolo irrecognocible. Atentado que, según doña Magnolia, “lo traumatizó aún más. Y ligero, ligero, como a los dos o tres meses, se hizo matar, porque él se hizo matar”. Tanto así que, ese día inevitable, antes de salir de la casa, se quitaría su escarpulario de la Virgen del Carmen y dejaría el fierro en el nochero. ¿Qué día fue y cómo lo mataron? Que responda Víctor Gaviria: “Lo mataron el 27 de marzo

de 1990, el mismo día que la película fue aceptada para concursar en el Festival de Cannes. Guillermo, el productor, subió al barrio a buscarlo. Queríamos que bajara a celebrar la noticia con nosotros. Él estaba embalado. No quiso venir. Al día siguiente, por la mañana, ya era otro muñeco más. Le pegaron varios tiros en la cara con una escopeta recordada. Yo no pude celebrar la invitación a Cannes. Me encerré en la casa a llorar”.

El Alacrán

El mejor amigo de Johncito era el Alacrán, quien estaba de viaje al momento de su muerte, de la que se enteraría telefónicamente, de boca de doña Nena, la madre del finado: “¿Con quién hablo? ¿Con el Alacrán? Véngase mijo que le tengo algo bueno para usted, pero a Johncito lo mataron”. El Alacrán creería que ese algo bueno era la pistola 9 milímetros de su mejor amigo. Pero no, era Víctor Gaviria y los 35 milímetros de su ópera prima cinematográfica: “Cuando yo llegué, ya hacía una semana que lo habían matado. Cuando yo vine los manes de la película estaban en la casa de él y yo llegué todo punkero de carretera, todo punkerizado porque andaba en rothen”. No sé qué significará el fraseologismo “andar en rothen”, pero en *La ira es energía*, autobiografía de Johnny Rotten, el exvocalista de los Sex Pistols se autodefinió como “algo que todos podían odiar en igual medida”, sí, como a un alacrán. En “Esas son las cosas que te da la vida”, Víctor Gaviria también narra la llegada del Alacrán: “El Alacrán llegó como quince días antes del rodaje. Venía de Santa Marta, con unos punkeros. De esos que viven por ahí, y hacen artesanías, y atracan... Traía en los bolsillos un ratón y varias cucarachas”. La pandilla de punkeros a la que pertenecía el Alacrán se llamaba Los penes erectos, cuyo distintivo era bastante literal: la palabra “PUNK” tatuada en el pene de cada uno de sus cófrades, que se desplegaba con toda claridad a la hora de la erección: “Íbamos a un baile de punk y dañábamos el equipo. Varilla corrida y cadena con la que rompíamos parlantes y todo lo que veíamos. Usábamos navajas y era un descontrol total”. Finalizando el rodaje de *Rodrigo D*, el Alacrán sería encarcelado. Tras salir de la cárcel se alejaría de Los penes erectos y se uniría a Los Cariñositos, una banda de sicarios de la Nororiental: “El jefe de esa banda se llamaba Norberto. Tenía plata a morir, pero era una coscorria. Ponía a los pelaos a hacer cruces para él y después se los culiaba, porque eso sí: era un cacorro al pido”. Corría 1988 y el Alacrán le robaría un tiempo a Los Cariñositos para volver a rodar con Víctor Gaviria, esta vez un mediotraje titulado *El paseo*, en el que encarnaría a su difunto mejor amigo, un NN llamado John que resucita para volver a delinquir. Ese mismo año el Alacrán conocería a su alma gemela, una expunkera que también había acabado de salir de la cárcel y que, como él, tenía tatuado el símbolo de la anarquía arriba del dedo gordo de la mano derecha: “Qué chimba de casualidad, dijo, y salió diciendo que él y yo éramos como hermanitos”. Con ella se iría a vivir a la pieza de un inquilinato, “cinco lucas pagamos por ella”. Allí, entre otras actividades, leerían poemas de Helí Ramírez, “que al Alacrán le gustaban mucho”, y reemplazarían el punk por la salsa: “Cuatro paredes a solas conmigo, cómo lloramos y cómo sufrimos, era la canción que le gustaba cantar a él”. Tres paredes de la pieza las adornarían con fotos de carros y de motos de unas revistas que les había regalado Víctor Gaviria, y en la pared restante el Alacrán escribiría lo siguiente: “La vida es la construcción de la muerte”. Vivirían juntos diez meses, hasta las postrimerías de 1989,

momento en que el Alacrán volvería a rodar con Víctor Gaviria, esta vez un documental para la ZDF de Alemania, titulado *Yo te tumbó, tú me tumbas*, sobre los pistoleros de *Rodrigo D* que seguían vivos. Tras el rodaje el Alacrán, junto a Tito, su socio del gatillo, asesinarían a Norberto, el susodicho jefe de ambos en Los Cariñositos: “El día anterior habían hecho un cruce para Norberto, habían tumbado a un fuerte. Como a las nueve de la noche, cuando Tito y él estaban celebrando, Norberto los mandó a llamar para que estuvieran con él en el apartamento. Imagínese a ese cacorro encerrado con ellos dos solos. El Alacrán al principio se dejó manosiar, como si nada, pero cuando el Norberto estaba empelota y todo entusiasmado, le descargaron las metras. Bala corrida fue la que le sobró al cacorro”. Ese asesinato lo convertiría en un muerto pendiente en la Nororiental, por lo que no volvería a subir al barrio. Su alma gemela, sin embargo, se lo encontraría esporádicamente en el Centro de Medellín, donde el Alacrán le diría, entre otras cosas, que estaba trabajando para “un fuerte” que le pagaba a él, a Tito y a otro sicario “un apartamento muy lujoso en Envigado”. Tres días antes de ser asesinado, Wiston, uno de los figurantes de *Rodrigo D*, se lo encontraría también en el Centro: “Yo me pillé con él el viernes. Yo iba por La Playa. Qui’hubo, Wiston, bien o no. Y yo: Está muy bien hermano, está muy bien vestido. Ah, no, loco, camellando. Y yo: ¿Sí? Cuidese, que esto está muy caliente, hermano. Cuidese. Y me dijo: Sí, loco, esto está muy hijueputa. Y a los tres días me dicen: Mataron al Alacrán”. ¿Cómo lo mataron? Según palabras de su alma gemela publicadas en “La historia de Edilma”, de Ricardo Aricapa, así: “Tito y él se fueron a hacer un cruce, a tumbiar a un tombo. Lo coronaron, pero la Toyota en la que se abrieron estaba muy mala y se varó. En esas los alcanzó la parca que los venía persiguiendo, llena de bombos, y en el abaleo los mataron. Y para que vea cómo son las ironías de la vida: ese día no cargaba sino un revólver, no llevaba la metra; él, que nunca la dejaba. Lo mataron sin su niña, como él la llamaba”.

Posdata 1: Además de sus imágenes en *Rodrigo D*, *El paseo* y *Yo te tumbó, tú me tumbas*, el Alacrán dejaría un poema de su autoría, sin título, escrito en 1987, en la cárcel o recién salido de ella, que inicia así: “Sigo vivo viendo morir a mis amigos / sigo vivo viendo la muerte rondar / ¿Será vida ver la muerte tan de cerca? / ¿O será muerte vivir tanto?”.

Posdata 2: Como si *Rodrigo D*, al igual que la referida instantánea, también hubiera determinado el orden de la muerte del Alacrán, el último de sus pistoleros asesinados, él es quien pronuncia las últimas palabras de esa película: “Vámonos, loco, que este man a la final se está yendo, vámonos de aquí”. No por nada, en *Estar vivo no es la vida*, un documental del 2011 sobre las madres de los pistoleros que intervinieron en *Rodrigo D*, doña Nena, la madre de Johncito, diría lo siguiente: “Esa película fue una premonición, como si la hubiera hecho alguien que sabía lo que iba a pasar”.

Rodrigo Alonso

¿Cuál fue el germen de esa premonición? Una crónica cuyos hechos inspirarían la creación de *Rodrigo D*. Los hechos habían ocurrido nueve días antes, el viernes 5 de octubre del distópico 1984: ese día, pasadas las 11:30 de la mañana, un joven de veintidós años, llamado Rodrigo Alonso Arango Restrepo, subiría hasta el piso 20 del Banco de Londres o edificio Anglocolombiano, sito en pleno Parque de Berrío, corazón de Medellín, con la intención de lanzarse al vacío a través de la ventana de la primera oficina de esa planta,



14 de octubre de 1984. Periódico El Mundo. Archivo Universidad de Antioquia.

la 20-01. Sin embargo, una vez allí, antes de dar el salto al otro barrio, el paso definitivo al más allá, una empleada de la Seccional de Salud de Antioquia, de nombre de pila Constanza, que le recordaría a Rodrigo Alonso a su difunta madre, fallecida meses atrás, en julio de ese mismo año, lo distraería durante cuarenta minutos hasta que un puñado de policías lograría echarle mano. Cuarenta minutos en vilo en los que la voz de doña Constanza alternaría de manera disonante con la voz en coro de los peatones de turno, que le pedían a Rodrigo Alonso que se tirara de una vez por todas: "Cientos de personas se apretujaron mirando hacia arriba, haciendo conjeturas, gritando chistes crueles, arrebatando carteras, intercambiando chicles y cigarrillos. Una señora perdió el tacón de sus zapatos blancos. Un niño lloraba buscando entre la multitud a su madre, una vendedora de dulces protegía con pánico su vitrina amenazada... 'Tírate pues'. 'Si sos tan verraco tírate', gritaba emocionado el público".

En medio de la gritería, mientras los bomberos instalaban un colchón de protección para amortiguar el golpe de la posible caída, doña Constanza, "de unos 50 años, estatura media y cara amable, ojos tristes, manos chiquitas y nerviosas", llorando, rompería el hielo con una pregunta certera: "¿Pero por qué te vas tirar, decime, es que no tenés mamá o qué?". "Yo no tengo mamá, ni nada. Yo solo he sufrido en la vida...", respondería Rodrigo Alonso. Respuesta que vendría seguida por una doble petición: que los policías se alejaran de la ventana y que doña Constanza se acercara a una distancia más personal, o sea a unos dos metros del abismo.

Constanza: Todos tenemos una tragedia por dentro.

Rodrigo Alonso: Entonces por qué no nos tiramos todos, eso deberíamos hacer, morirnos todos de una vez.

Constanza: Pero por esa ventana no cabemos todos.

Rodrigo Alonso: Entonces venga usted sola, venga y nos tiramos juntos.

Constanza: No, yo no me voy a tirar, ni usted tampoco, ¿es que le quiere dar gusto a toda esa gente que está en la calle gritando?

Rodrigo Alonso guardaría silencio ante ese interrogante, silencio circular que a doña Constanza la remitiría a la primera pregunta, la cual volvería a formular: "Volví a preguntarle para qué diablos se quería tirar por la ventana. Sin mirarme, dijo: mañana saldrás en el periódico".

Ese mañana saldrás en el periódico se prolongaría nueve días, hasta que, el domingo 14 de octubre de 1984, *El Mundo* publicaría la crónica del frustrado día D de Rodrigo Alonso, bajo el título "La muerte me tiene miedo", escrita por Ángela María Pérez: "Rodrigo es un hombre impasible y enigmático, no parece angustiado, ni cansado, ni desesperado, aunque siempre tiene una extraña humedad en los ojos". Allí, Rodrigo Alonso, entrevistado el martes 9 de octubre, contaría, entre otras cosas, que su primer intento de suicidio lo cometió a los cabalísticos trece años, con un veneno para ratas. Además, como si los estuviera tachando en retrospectiva en el calendario, reconstruiría los días previos al malogrado viernes 5 de octubre: "El martes me echaron del taller donde trabajaba como un animal... El miércoles subí por primera vez al edificio, ya lo conocía porque allá iba a llevarle el almuerzo a Don León, un amigo de la casa... El jueves volví a subir, después me fui a tomar una cerveza y me

metí a cine a ver *Justicia Salvaje*. Por la noche me fui a ver si podía dormir, pero no fui capaz. En toda esa semana no dormí nada... El viernes me levanté a las seis, quería ir a cobrar una plata para dejarle al cucho, pero no me la pagaron, entonces me fui de una para el edificio... Yo quería comer arequipe, harlo arequipe, todavía quiero. Pero solo tenía cincuenta pesos y no me alcanzaba. Entonces me compré unas papas y me las comí mirando el edificio". Luego subiría al piso 20, se abriría paso hasta la ventana de la primera oficina amenazando a los presentes con una navaja, se prepararía a la ventana, dialogaría con doña Constanza durante cuarenta minutos y, en medio del diálogo, llegaría súbitamente el final del trunco: suicidio: "Yo pregunté qué hora era, el policía dijo que eran las doce y cuarto. Yo dije: ya voy es pa'bajo. Un tipo que estaba ahí, de azul, creo, me echó mano de un brazo, duro, y me tiraron al suelo. Todos se me tiraron encima. Hice repulsa, pero cuando me quitaron la perica, me quedé quieto en el suelo. Sentí una cosa horrible. ¿Por qué no me tiraría? Lo único que me dieron fue ganas de llorar, pero me dio pena, ahí había mucha gente".

De vuelta al presente, al martes 9 de octubre de 1984, Rodrigo Alonso cerraría sus declaraciones con una promesa encadenada al día de la muerte de su madre y a todos los viernes por venir: "La cucha se murió un viernes, y le juro, yo me muero un viernes".

Posdata 1: Días después Luis Fernando Calderón le llevaría a Víctor Gaviria el recorte de "La muerte me tiene miedo", a partir del cual el segundo escribiría el primero de cuatro guiones de *Rodrigo D*, con el que ganaría el premio a mejor adaptación en el VI concurso

nacional de guiones de Focine, en 1986, usando el seudónimo: El Vago de Oz.

Posdata 2: Rodrigo Alonso asistiría a una jornada del rodaje de *Rodrigo D*, llevado por la autora de la crónica, Ángela María Pérez. Sin embargo, como declararía ella veinte años después en el libro *Victor Gaviria, los márgenes al centro*, a Rodrigo Alonso le desagradaba la película: "Cuando se empezó a rodar las cosas cambiaron. Sentía que su historia había sido explotada, aunque creo que Gaviria le dio dinero del premio o algo así, de todas maneras sentía que algo había salido en su contra, como todo en su vida. A él la película no le gustaba, no le parecía que el protagonista escuchara música punk, él quería que escuchara vallenatos que, según él, sí son tristes".

Posdata 3: En esa jornada de rodaje Rodrigo Alonso conocería a quien lo estaba encarnando en la película, a Ramiro Meneses, los presentaría Ángela María Pérez: "Le presenté a Ramiro y fueron como el agua y el aceite... No se parecían en sus personalidades, en lo que se parecían en aquel entonces es en eso que Gaviria muestra con maestría en su película, tenían el sueño de existir en un mundo a su medida. Eran jóvenes y con horror veían que su realidad no les tenía nada preparado. Pero Ramiro era, es y será un luchador y un ser profundamente creativo. No creo que Rodrigo Alonso lo fuera". Después de esa jornada de rodaje, en la que Rodrigo Alonso le contaría a Ángela María Pérez que estaba trabajando en un taller y que se sentía bien, no se volverían a ver jamás: "No sé qué pensó de la película terminada. Nunca lo volví a ver". Y Víctor Gaviria también le perdería el rastro. Por eso, si usted tiene alguna información para ubicar a Rodrigo Alonso, comuníquese, por favor, con *Universo Centro*.

Karoty
PARAFARMACIA
PARA FUMADORES

En el Centro comercial
Medellín, contiguo a la
Plaza Minorista
Calle 54 N°57 60 Local 197
Celular: 311 634 21 85

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101

Restaurante
EI ÁRBOL DE LA VIDA
Comida Natural

Teléfono: 2302522

PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10

LIBROS
ANTIMATERIA

WWW.LIBROSANTIMATERIA.COM
TRANSVERSAL 38 CIRCULAR 73 - 51 LOCAL 102
BARRIO LAURELES
TELÉFONO: 499 13 62
MARTES A SÁBADO - 11 AM A 7PM

El Túnel
BISTRÓ

COCINA TRADICIONAL, SALUDABLE Y CONSCIENTE

Carrera 42 # 54-62
Medellín, Colombia
Tel: (+574) 479 87 45

@eltunelbistro
eltunelbistro@gmail.com
www.eltunelbistro.com.co

LA COMEDIA
CAFÉ - RESTAURANTE

En Medellín desde 1986
Barrio Carlos E. Restrepo Carrera 64 # 51-60
En Santa Fe de Antioquia desde 2004
Plazuela Santa Bárbara, Calle 11 # 8-03

¡Y AHORA en Jericó!

Parque los Fundadores, Calle 10 # 4-31
Disfruta nuestro ABC Arte Bar y Cocina
@lacomediaabc

Due Amici
PIZZERIA
CAFÉ

Cll 49 # 64-58 | 230 56 02 | www.dueamici.co

LA CAMERATA
SINCE BAR 1979

ORANGE
C.E.
Bar Restaurante

40 años de buena música y buena cocina artesanal / Tel: 3005059221
Barrio Carlos E. Restrepo

CAFÉ-BAR
CASA DE ASTERIÓN

Músicas del mundo, arte, bebidas y cafés
Calle 54 # 42-07 Centro • Tel: 216 8302
Fb: @CasadeAsterion

Patricia Fuenmayor
Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

Tu espacio,
tus decisiones.

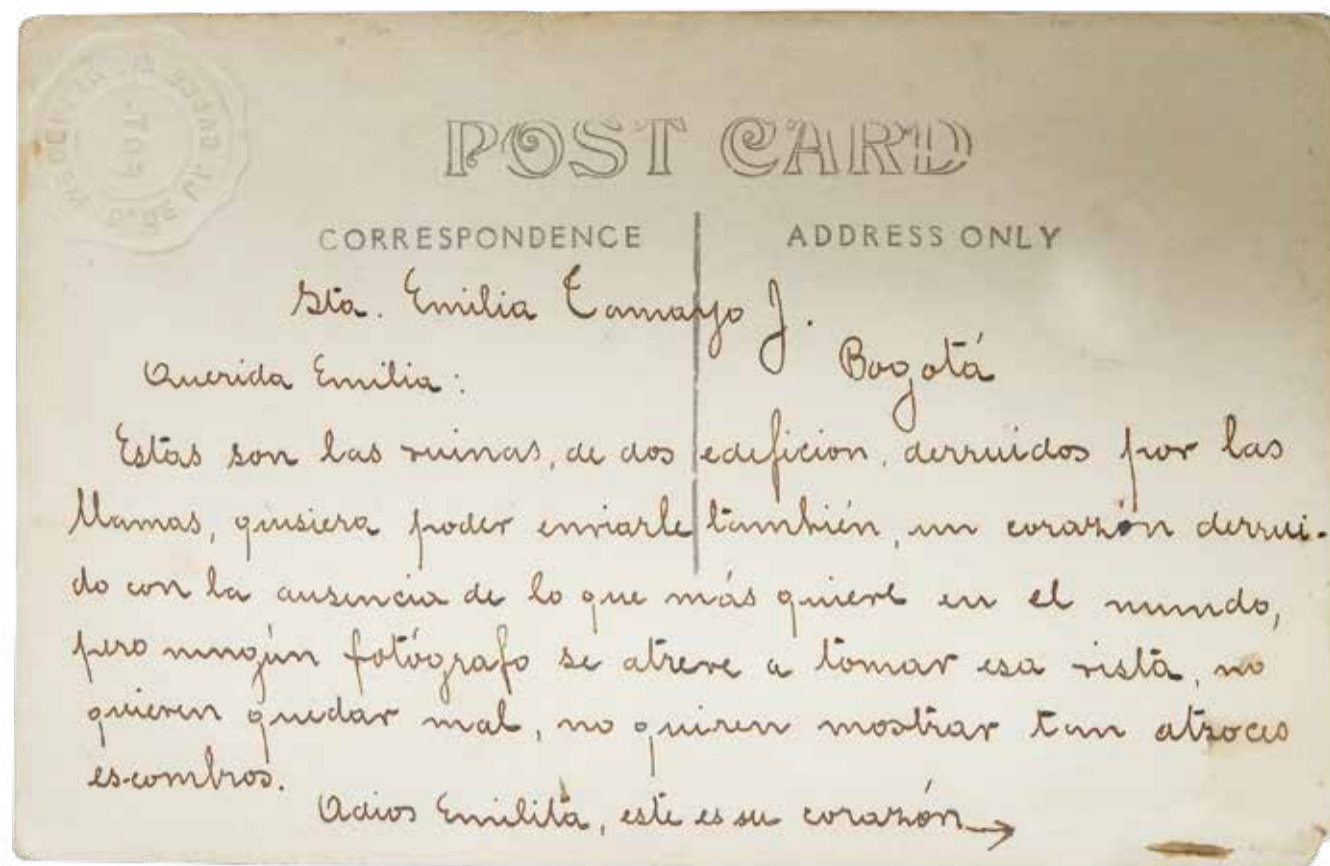
actibienes
TRABAJAMOS CON PROPIEDAD

Bienes raíces • Consultoría jurídica • Miembros de La Lonja de propiedad raíz
© actibienes | tel. (034) 250 30 11 | info@actibienes.com | Circular 74 #39-01 | www.actibienes.com

Restaurante Cognitivo

Ven a nuestras Almas

Estamos en Torres de Bombona
Local 133
Tel. 217 9452
Cel. 313 745 7620



Tarjeta postal con revés manuscrito.

Noticias del desastre

El Parque de Berrío, en Medellín, solía incendiarse con mucha frecuencia. Las lenguas largas de café y aguardiente aún se despachan en hipótesis materialistas y mercantilistas para explicar esa vocación por el fuego de la plaza del comercio principal, que rara sí resulta, pero no viene al caso mencionarlas acá, sobre todo con la boca tan seca y la mente tan sobria. Lo que sí es del caso es que, por la razón que fuera, el Parque de Berrío se quemaba tanto que para los fotógrafos locales se convirtió en una rutina ir a retratar las ruinas. Casi podría hacerse una iconografía: el incendio del 12, el del 16, el del 21, el del 59... quién sabe cuántos más. Total que los escombros humeantes se convirtieron en un motivo fotográfico y no tardó mucho para que los fotógrafos empezaran a vender tarjetas postales como suvenires.

Uno de esos incendios, el de octubre del año 1921, para ser precisos, lo usó un enamorado para enviar a Bogotá las noticias de su propio desastre. "Querida Emilia: Estas son las ruinas de dos edificios, derruidos por las llamas, quisiera poder enviarle también un corazón derruido con la ausencia de lo que más quiere en el mundo, pero ningún fotógrafo se atreve a tomar esa vista, no quieren quedar mal, no quieren mostrar tan atroces escombros. Adiós Emilia, este es su corazón". Firma al pie de la nota el hombre que, como bien puede leerse, es un alma consumida y agónica entre fuegos de desamores y nostalgias, pero cuya rúbrica intencionalmente omitimos para picar de duda al lector y cubrir con velo de anonimato las astucias de este amante.



Esta imagen de uno de los incendios del Parque de Berrío hace parte de los elementos identificados en el proyecto Inventario del patrimonio fotográfico mueble en Medellín que realiza la Biblioteca Pública Piloto. Fotografía de Benjamín de la Calle.

Buscar el momento

por ROBERTO PALACIO

Ilustración: Carolina Gámez

Cómo te desgasta la soledad absoluta. Día tras día te sientas en la misma mesa, a ver el mismo programa. Comes lo mismo. Mides los pasos para llegar a tu casa... día tras día. Como el crepúsculo en el poema, pareciera que algo extraordinario va a suceder cada mañana, pero nunca pasa nada. Y tú, sin embargo, vives con esa ilusión porque te enseñaron todas estas cosas... que si no las deseas no te llegarán.

Día tras día andas contigo mismo, con tu libreto deslucido que ya no encanta a nadie. De hecho, nadie te soporta, porque nadie soporta a los payasos. Tus frágiles intentos de ser feliz son tu payasada. El intento cansa a la par con la soledad: tratas y te das cuenta de que la felicidad, como el fin de la soledad, no llega. Y como la muerte, no llega. Y has hecho todo, has trabajado a diario, has llevado las cosas que puedes, sonríes con un niño en el bus, o al menos lo has intentado. Pero estas cosas no constituyen señales y en tu vida no ha pasado nada, y no pasará.

La única ilusión que te queda es que fuiste amado de niño. De niño fuiste tú; podrás al menos reconstruir tu vida como una etapa prolongada de esa infancia, de esa sensación extraña de cuando todo era nuevo, y el mundo era más amplio y deleitable, y queda esa creencia de que entonces eras importante para alguien y querido, de que eras el hombrecito de la casa, o la mujercita de los ojos de papá. La gente tenía algo que ver contigo. O eso has supuesto.

Pero, ¿qué tal que no lo fueras? Imagina descubrir que no lo fueras realmente, que de niño no fuiste único para nadie, que estuviste amarrado a la cama, o al armario o al calentador. Todo toma un tinte absurdo, ¿verdad? Todo, la mesa en la que te sientas, el programa que ves con ilusión, tú eres parte del absurdo; tu cara, tu cuerpo. Eres un ridículo niño de por vida creyendo la mentira de que nada hay más valioso que llevar una sonrisa a la cara de los niños de verdad. Y todo mientras los demás están allá afuera, cogiendo las posibilidades por el culo, o acostándose con celebridades, o llevando una vida que diseñaron y soñaron. Mientras, tú regresas a la misma silla de cuando eras niño, en la noche ves los mismos programas y comes la misma comida. ¿No tendrías derecho a hacer que todo eso arda en llamas? ¿Y al momento de hacerlo te preocuparías si estás siendo discreto? ¿Pondrías la mano en el fuego para salvar a otros que con desdén te verían morir en la acera?

Los ricos. Los ricos han tomado el asunto en sus manos. Pero cuando tú lo haces eres un asesino. El rico tiene su propia redención. En cierta forma, ser rico es haber sido redimido. Los ricos son distintos a todos los demás, se nos dice. El que no ha logrado ese éxito es un payaso: payasos somos los que amamos alguna cosa y no nos sentamos frente a un ordenador catorce horas al día para un balance. Pero a ti no te queda más que tú mismo y a menudo te preguntas si tenerte es una bendición o una desgracia, porque a menudo no sabrás qué hacer: ¿meterte en un asqueroso baño público y bailar? ¿Irte a la mierda a ver si algo te pasa? ¿Soñar impudicamente, estúpidamente, repetidamente, vergonzosamente con la vecina con quien nunca nada pasará porque le gustan los hombres pero no tú? Tampoco importa porque tu soledad te ha hecho invisible. La saciedad de andar con nosotros es atroz; genera este ardor, este deseo de arañar hasta que se nos caiga la piel a ver qué queda. No podemos ser tan denodadamente miserables y anónimos. No en esta vida. Las cosas no debieron ser así para ti; ahora todo lo sacrificarás por dignidad, todo lo transmutarías por unos segundos de destello. Lo que siempre quisiste es... ¿ya no lo recuerdas con claridad? Más difícil que ser feliz es saber qué te haría feliz. A eso ha llegado tu vida, a ese punto le has perdido el sabor a la felicidad, esa que te hacía saltar de la cama cuando fuiste niño o estuviste enamorado por primera vez.

Y encima están todos los que te han jodido, toda la mediocridad que se ha acumulado en tu vida, comenzando por la tuya. A eso súmale la de los que te han mandado de un lado para otro sin saber nada, que han llegado a su cargo porque ellos sí son especiales, porque se mueven de manera increíble en círculos increíbles. Porque saben callar y seguir la regla, porque

saben vengarse en silencio y hacer que todo sea una gran y jodida tarea en equipo. Porque poseen esa nobleza que da el que nunca se tienen que molestar ni hacer respetar ni salirse de sí. Y tú de vez en cuando bailas en un baño, a solas. Ellos están en la política y mandan sobre instituciones que guardan tus más íntimos secretos, unos que ni siquiera puedes saber porque resulta que no te pertenecen. "Tómalo y corre", dice algo dentro de ti; "jódelo tú también", dice algo dentro de ti. Todo lo que tienen es tuyo. Sus malditas ondas de radio pasan por tu cuerpo, tu vientre es su depósito de comida, tu teléfono, su propia *memoriam* de bytes. ¿No te dan ganas de joderlos tú también?

Descubres entonces que llevas toda tu vida puesta detrás de ti, a la espera de algo que no pasará; la redención, tu redención. Has soñado con ese, tu momento en el que te tocará por fin a ti. Pero con los años se hace más elusivo y parece que no pudieras casi tocar, casi saborear. Entonces ya nada importa. Lo que se está volviendo difícil de contener es la forma en que buscamos nuestro momento. Lo que se está volviendo difícil es sembrar esperanzas viables, no porque nos cueste creerlas, sino porque nos cuesta cumplirlas. Sin duda la capacidad de redefinirse de algunos, cada tanto, postula una forma de navegar y sobrevivir en este mundo. Tu redención sin embargo es una que no admite reinicio o reintento o retroceso. Lo has pensado por años, has imaginado ese momento pero no logras pararte en él. ¿Cuántos de nosotros renunciaríamos al crimen si supiéramos que no solo no nos cogerían sino que saldríamos recompensados? Y es por ello que a menudo ese deseo de redención, de que algo extraordinario suceda, tiene una consecuencia irreversible y catastrófica. Porque, claro, siempre queda esa otra cosa, el drama personal y privado que ya a nadie importa: ¿qué carajos nos dan

por una crisis que solo es propia, por la muerte como un melodrama cristiano en una cama en la que simplemente te pudres tú?

Las ideologías, las que cogiste por ahí como una infección, son un aderezo insignificante en toda la ecuación. Y no hacía falta nada más; la perfección de la maldad era al fin y al cabo la apelación a la vida real. El trabajo simple y honesto no podía cambiar tu mundo. El trabajo puro y simple te llevaría al despidido por cualquier indelicadeza, cualquier error, cualquier queja irresponsable, o haría que te tomaran en el piso a las patadas. ¿Qué condenada diferencia hará tomar el asunto en tus manos? ¿No tienes derecho a tomar el asunto en tus manos?

Nada concuerda con la visión de lo que la vida debería ser. La soledad absoluta se parece a la pobreza absoluta, una que hace mucho ya no es la carencia de cosas sino el cerrarse de un horizonte. Hagas lo que hagas no podrás dejar de ser pobre, hagas lo que hagas estás condenado a tu soledad. Aunque el mayor problema para el mediocre que te manda es retraerse a su mundo de fantasía porque está agotado de tener tanto poder sobre ti. Allá afuera están esos mediocres, recreándolo todo, haciendo que todo sea unos pasos más difícil, porque así tiene que ser, porque así hacemos las cosas acá. Y quizás un día se te caiga la insignia o decidas no votar o te tomen por un payaso y te asalten. Y tendrás que restituirlo todo, hasta lo que no se ha perdido, y lo que te quitaron te lo cobrarán y en un jodido y extraño rito harán que se te meta hasta en tus culpas: "¿Cómo pude haber perdido ese trabajo?". Tú, que llevabas un equilibrio apenas incipiente.

¿Esta es tu vida? ¿En casi todo lo que he dicho es tu vida? ¿Pervive en ti esa sensación de ira y docilidad? ¿Te asombra saber que esa también es la vida de Arthur Fleck? ©



La fotografía, el *collage*, la escritura y el relato sonoro hicieron parte de los talleres Contar el Centro como Territorio Diverso. Sesenta personas caminaron, escucharon, cortaron y pegaron, vieron con atención y escribieron sobre la diversidad de nuestro Centro. En estas páginas, los mejores resultados de estos encuentros.

CONTAR el CENTRO

territorio
diverso

— CON —
universocentro



¿A qué suena el Centro?

Taller de pódcast.

Tallerista: Maritza Sánchez

Participantes del taller de pódcast Contar el Centro como territorio diverso, grabadora en mano y oídos bien despiertos, descubrieron algunas de las polifonías de este sector. En las siguientes quintinas retratan fragmentos de esas historias y paisajes.

El travesti, azarado, enciende un cigarrillo y mira para el frente. Sorprendido, corre asustado. No pagó vacuna.

- **Mila Figueroa**

El taxista vejo y barrigón entra a bailar en la discoteca para enamorarse, lleno de alegría, de otro igual a él.

- **Daniel Osorio Posada**

El Centro diverso Nos recibe a todos (hombre, mujer, niño, animal) de brazos y piernas abiertas: suave, tosco. Nos da vida o muerte.

- **Ana Arango**

Los buñuelos matutinos acogen a viajeros en el Parque San Antonio muy a las 5 am con la promesa de un nuevo mejor día.

- **Juan Sebastián Monsalve Betancur**

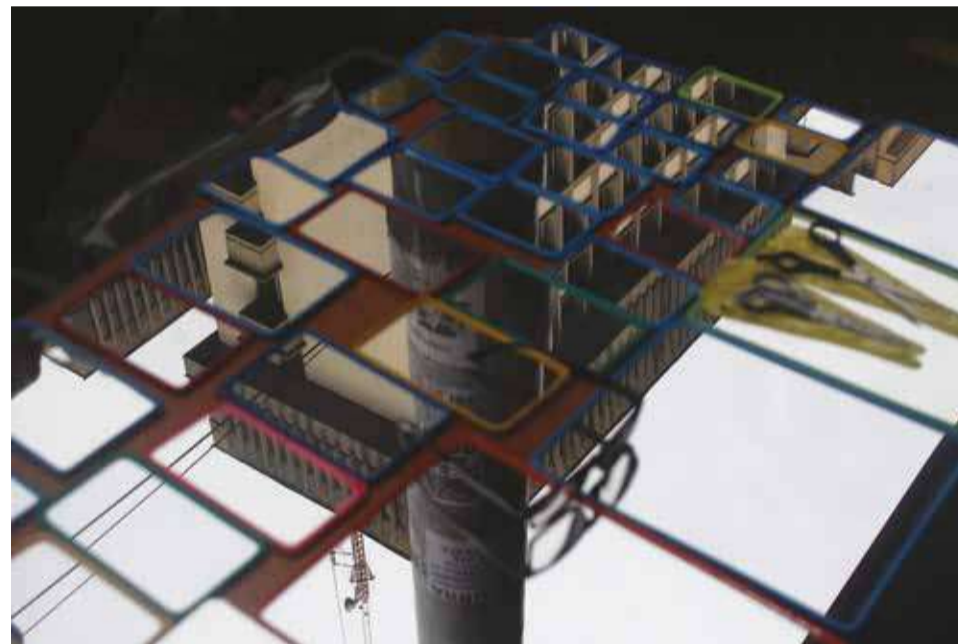
Centro a color

Taller de fotografía.

Tallerista: Juan Fernando Ospina



Anney Camilo Pérez Murillo.



María Alejandra Echeverri.



Ricardo Cruz Baena.



Hugo Zarama Ruales

1 poema, 1 microrrelato

Taller de escritura.

Tallerista: Santiago Rodas

Aurora

Hay noches en las que el calor me descoloca, solo queda abrir las ventanas y exhibir a la ciudad los demonios que guardo conmigo. Me gusta cuando llega Mario, me siento libre entre sus manos que son más basura que piel. Con él puedo lucir las vergüenzas por las que tantas veces he sido herida y sentirme bella. Aspiro el humo del cigarrillo que compartimos, quiero pensar que es su aire el que me queda adentro cuando cierro la puerta sin mirar. Me llevo a la esquina este cuerpo que es más suyo que mío y le dejo cada noche en la pieza el corazón con los besos. Afuera la luna brilla sobre la calle que me espera con un rompecabezas de hombres que me quieren y odian porque no aceptan lo que son. He decidido llamarme Aurora. Me pongo un vestido morado que salga con mi pelo y unos tacones altos comprados por los Puentes, salgo, falta mucho para que amanezca. Un hombre me grita, le muestro las tetas y el pipí acepta la propuesta.

- **Natalia Jaramillo**

Disciplina Oriental

Cuando supo de la convocatoria laboral no dudó un instante en presentarse a la entrevista programada en el Edificio del Café. Desde niño amó ese tipo de trabajos, en su etapa escolar fue bastante atlético y capitán de varios equipos en diversas modalidades. Se levantó muy temprano en la mañana, era el día de la entrevista y se notaba su ansiedad. Un pequeño estiramiento de los músculos todavía adormitados y estaba listo para los preparativos laborales, aunque el desayuno ofrecido por su abuela fuera huevo revuelto con mortadela, arepa blanca, quesito y chocolate, debía estar en ayuno. Antes de entrar al baño realizó la rutina diaria de barritas en el patio de su casa, 50 series de 20 repeticiones y terminó con el levantamiento de unas pesas hechas con tarros de leche y cemento robado a una obra del barrio que pesaban aproximadamente 60 kilos.

Mientras bañaba sus músculos definidos pensaba claramente cómo demostrar su experiencia laboral, sabía que don Arturo, el dueño de la revueltería, quizás no daría buenas referencias de su trabajo en caso tal de que lo llamaran, por haberse comido al escondido ese alpineto y ser descubierto por su jefe directo, podría opacarle su sueño de comenzar a facturar. Si le pedían definirse en una palabra ya la tenía preparada: Disciplina. Fundamentada en el aprendizaje empírico de artes marciales, bajo el compendio teórico y audiovisual de las películas de Jackie Chan y el desarrollo práctico de peleas callejeras en su barrio. Por esa simple razón aseguraba que el trabajo sería suyo y Evelin podría por fin presentarlo en su casa; sería el novio trabajador que su suegra buscaba.

A una cuadra de su casa tomó el bus que bajaba al Centro, estaba tan lleno que tuvo que irse colgado de la puerta de adelante, no sin antes alegar con el conductor por el cobro del precio total del pasaje aun cuando no pasó la registradora. Ese recorrido mañanero le ayudó a repasar sus ideas, tenía la flexibilidad, la atención y la resistencia propias del trabajo. La empresa a la que iba a presentarse tenía un nombre difícil de pronunciar, pero coincidía con su abuela, a lo mejor era una empresa del extranjero.

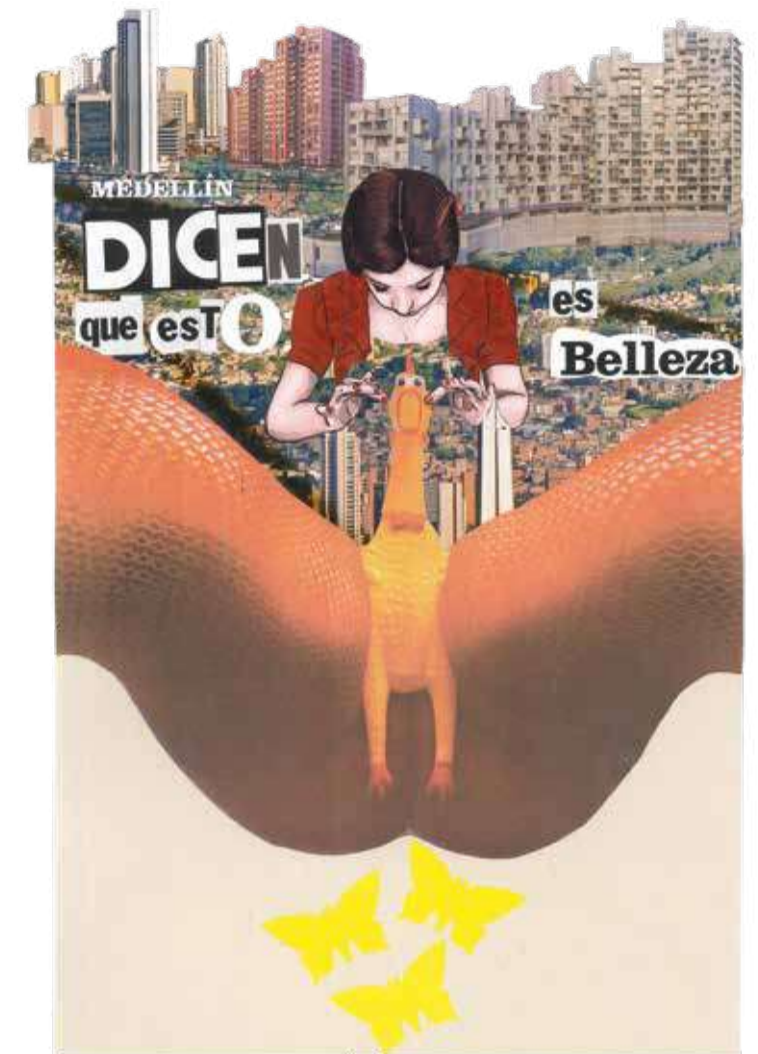
Para la entrevista habían llegado más de 50 personas, pero ninguna con la textura física suya, se le notaba a leguas la práctica asidua de las artes marciales. La entrevista era grupal y consistía en una serie de preguntas cortas para respuestas rápidas, pero lo que más le sorprendió a la psicóloga fue la secuencia de velitas que realizó delante de todos cuando se preguntó por un posible factor diferenciador para el trabajo propuesto. Finalmente todo salió como pensaba, el trabajo era suyo y empezaría al día siguiente. Su lugar designado fue la esquina de la Oriental con La Playa, esa flexibilidad le ayudaría a esquivar a los honorables señores de espacio público, esa atención le permitiría identificar aquellos usuarios que no contaban con la información y con esa resistencia aguantaría las 8 horas diarias parado a sol y agua. Su trabajo era simple: repartir los volantes de Shaolin el brujo llanero, experto en regresar a la persona amada en la mano del cliente totalmente sumisa y dispuesta a vivir del amor.

- **Daniel Guzmán Duque**

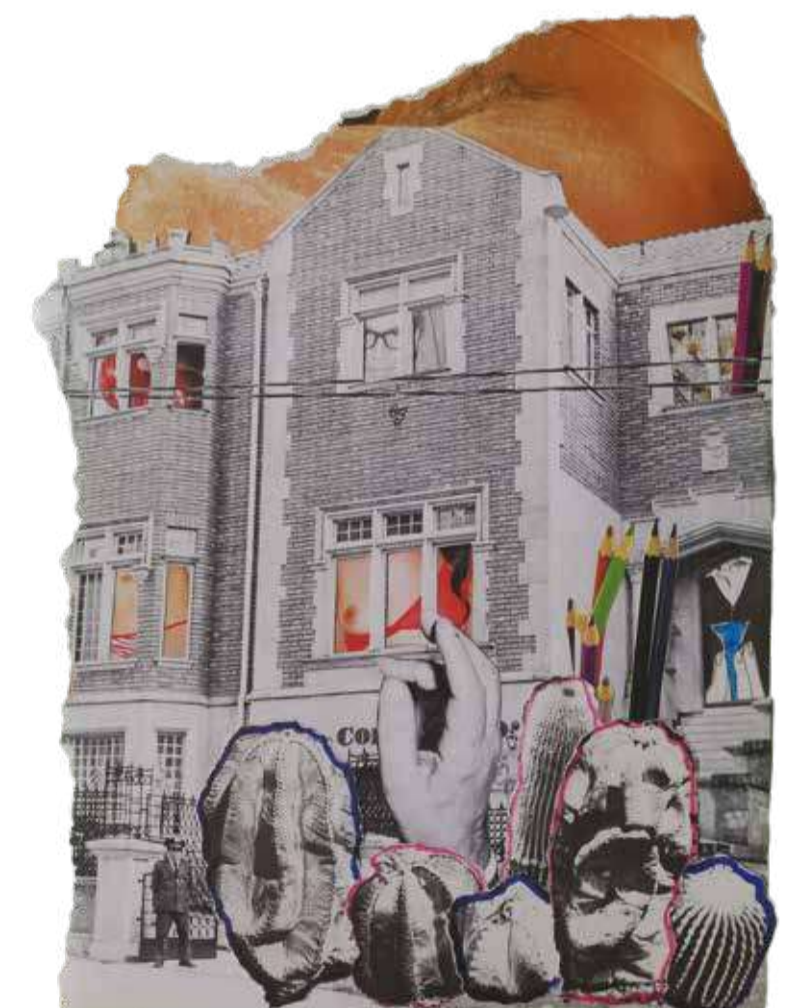
El Centro en collage

Taller de ilustración.

Tallerista: Gabriel Duque



Tatiana Jaramillo Toro.



Víctor Quintero Pulgarín.

Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y Oralidad

Proyecto ganador de la Convocatoria de Estímulos para el Arte y la Cultura 2019. Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín.

Un proyecto de:
 universocentro

Con el apoyo de:
 UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

 Alcaldía de Medellín



cinéfagos.net

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinefagos.net

 @cinefagosnet

parque
explora

exploratorio
TALLER PÚBLICO DE EXPERIMENTACIÓN

FESTIVAL FOTO/SÍNTESIS

LUZ, TECNOLOGÍA Y CREACIÓN



**AMPLIAR
LA MIRADA**

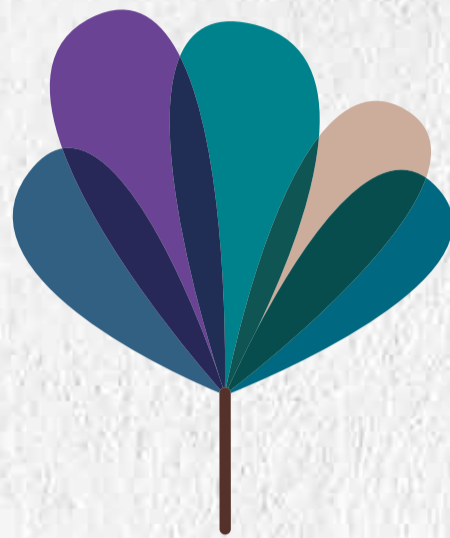
DICIEMBRE 3 AL 7, 2019
EXPLORATORIO

22 ACTIVIDADES: Exhibiciones, charlas,
laboratorios, conciertos y proyecciones

 UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

impulsa
Colombia

 El futuro
es de todos Presidencia
de la República



HAY FESTIVAL JERICÓ

24 al 26 de enero

Imagina el mundo



www.comfama.com

comfama